

FONTANA

HUGO LARREA ANDRADE

QUITO
EDITORIAL LABOR

1935

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Hugo Larrea Andrade

FONTANA

Q
u
i
t
o
-
E
c
u
a
d
o
r

Editorial Labor /
1934

EDITORIAL LABOR.-JUAN E. ORTIZ V.-CUENCA 35, FRENTE A LA MERCED.-QUITO

FONTANA

Para evitar que la gran flor
del tiempo cubra con sus
pétalos marchitos de polvo
los retazos de alma vividos
ante la ingenua y blanca
promesa de una página, he
recogido en este libro la emo-
ción de mis artículos. Que
hoy, atrevidamente, hago lle-
gar hasta vosotros, queridos
lectores, rodando, como un
aro de sándalo, a perfumar
algún recuerdo vuestro o a
entretener alguna hora gris.
Si satisface su anhelo su mi-
sión estará cumplida. 9

ERRATAS SUBSTANCIALES

<u>Página</u>	<u>Línea</u>	<u>Está</u>	<u>Es</u>
7	3	carjat	car ta j
12	4	pavezas	pavesas
35	6	herótica	erótica
36	1	cortaría	que cortaría
52	19	y,	yo,
54	7	me mustiaba	se mustiaba
58	21	Curará aún	Durará aún
59	21	que fui	fui
60	24	a mi nombre	y mi nombre
60	4	íntegros	íntegras
68	21	me tiré	me retiré
69	32	esclama	exclama
73	15	¿He,	¿Eh,
78	24	EL ENRFERMO	EL ENFERMO
79	3	ya me había	yo me había
80	13	el fondo de	el sonido de
94	8	olgura	holgura
95	8	poetiza	poetisa
97	29	cruce	crucé
115	3	El olvidó su	El olvido, su
117	2	en indica	he indica
119	32	te sabía	sabía
122	2	padre lo	tú padre lo
123	2	hasta	harta
132	16	llegue	llega
135	7	fracmentoa	fragmentos
135	18	descripciociones	descripciones

En la página 132 hay también otro error: dice en el renglón 13 "se satura de caricia" i es: se satura de su caricia.

En la página 138, 8a. línea, dice: con una garde-
nia, es: como una gardenia.

La Conquista

Como el quebrarse de una pena contra el alma, un grito gutural hendió el silencio. Y fue de un carjat oculto la flecha disparada. Silvó la noche su alarido de miedo. Junto a los matorrales serpenteaban los indios. El bronce de los músculos se arrimaba al músculo de bronce de los árboles corpulentos, de corpulencia agrietada y nervuda como la energía rebelde y roja de los hijos del Sol.—Y fue con pesadez de angustia que cayó contra el suelo de América el osado español, destacado en la sombra cobijadora de los Andes.

Y fue un abatir de brazos y un despeñarse de vidas en la espectante inconsciencia del ataque. Las flechas; ágiles, silenciosas y trágicas, venablos de miedo racial, se undían en los pechos portadores de símbolos cristianos de los conquistadores.

El susto, la sorpresa, que estrangulan momentos, crujen al despedazarse en el estallido horroso-

no de las bocanadas de humo y de metralla. La pólvora tiende el pesado y denso velo de devastación sobre el rincón de la montaña, en donde, arriándose al cayado de la luz, la vida juguetea en los redondos senos de las madres y en los ojos agrandados de los indios. El rumor ahuecado de la voz del río alargó en sus linfas el lamento de coraje vencido y de rabia impotente.—Y al cruzar de sus ondas, en cualquier hondonada de las selvas de América, se alza, con crispaduras de grito, el Alma de la Raza: la que mirando al Sol se hundió en el corazón hondo de la conquista.

Y quedó, desde entonces, incrustada en un risco la choza del indio Juan Antonio. Su guasi-pongo verde, ocre o amarillo, por la diversidad de sus plantíos, constituía su pedazo de vida; retribución egoísta de la raza de color de ampo, después de haber sujetado su bravura rebelde y acanallado a su espíritu.—Y es al amparo de su albergue hecho de tierra y de paja de páramo, en donde él tiene colgados, de los largos clavos de su sufrimiento resignado, sus mejores afectos y sus odios ocultos. Y al mirar tendida sobre el largo jergón a su longa: ojos de abismo, carne tostada, curvaturas de fiebre, piensa que un día, como saliendo de una noche de opresión, él también podrá tenderse al amor de una blanca.—Se abre su boca, sus ojos se cierran, sus manos anudan en la sombra de la choza el imposible. Rueda, dándose contra las peñas de su rudeza salvaje, el anhelo, el deseo, el ansia de amor.

Ladra el perro y rompe a dentelladas la cortina musgosa del amanecer. Canta el día su canción de luz. Los bueyes abren sus ojos de miel y absorben, paso a paso, la respiración húmeda de la tierra removida. Juan Antonio va detrás de su yunta en la ruda y paciente labor de abrir las entrañas de la tierra que brotará, pródiga, sus frutos, que agolparán de oro las arcas del dueño. El sol dora la fatiga del trabajador.

Sobre un blanco corcel que revienta su sudor en espuma, el hijo del patrón asciende la colina en donde, prendida como un nido, se enarca la vivienda del indio Juan Antonio.

Como un empujón de sombras la puerta cierra el paso. Dentro se oye el cantar de una rueca que gira veloz y el crepitar de la leña que aviva el fogón. Largo suspirar amante que se vacía en un destrenzamiento quichua. El perro ha seguido el andar de su amo.—Nadie: sino el viento que vibra en las cañas de paja de páramo que cubre a la choza. Nadie: sino la canción de la rueca que gira. Nadie: sino el retorcerse de la leña que aviva el fogón, pueden detener a la mano enguantada que quiere cometer un crimen...

Se abre la puerta sacudida de sorpresa. Ráfagas de tibieza, de hogar, de cariño, abofetean la cara del invasor. Espasmo: gritos que se pierden: palabras confusas: rabia, dolor. Impotencia, maldad. Fiereza, traición. Y, ante el ojo rojo del fogón que mira y ante la rueca detenida en su anhelar de luna, el crimen está hecho. Que-

da rota la pureza de un amor que nació prendido en un risco, como un gorgojo tierno.

Al declinar del sol el indio vuelve seguido de su perro, que acaricia el aire con la punta rosada de su lengua. En la casa, nadie. Tal vez la Tránsito iría a recoger la leña. Sobre un pilche hondo se encrespa la chicha. Al beberla, Juan Antonio, mira su rostro dándose contra la superficie de la chicha pura de jora y piensa que se está riendo de él su mismo rostro. Nadie: la noche a puñetazos se ha escondido en la choza. La Tránsito no vuelve. Hay un gemir de tórtolas en los árboles altos. El fogón se ha apagado. La rueca se ha caído y el jergón está vacío. Juan Antonio se da un puñetazo de insomnio sobre la sien. Su ancho sombrero recoge relámpagos de ira, de celos, de venganza. Sus ojos se extravían. Como un impacto ahonda la noche. Su sombra en la noche es más oscura, más desesperante.

La quebrada muestra la risa blanca de sus piedras, y, entre ellas, aureolada de sangre, la Tránsito que ha lavado la culpa de su amor, canalllescamente asesinado, con el vértigo bravío de sentirse despedazada.

Un hombre, que es un indio, borbota gemidos. Una cruz tosca crece en la quebrada. Un montón de sombras guardan el silencio de la choza vacía?

Se alza, como un imperativo el ansia de venganza. De paciente y resignado que era, Juan Antonio se ha tornado torvo, agresivo, insultante.

Hace cesar en su sueño de siglos al viejo carjat. Con las pulpas de sus dedos cobrizos palpa las puntas de las flechas y acaricia su arco, como en su anhelo, tronchado por la muerte, hubiera acariciado la cabeza de su hijo... ¡Ah!...

Desde un rincón invisible salta la flecha que se clavará en el corazón pérfido que mató una vida y obsesionó a otra. Así, al aire, disparada en la noche. Sólo el destino, guía seguro de lo insondable, de lo desconocido, hará cumplir la misión vengadora.

En un quiosco del jardín, el hijo del patrón, a dos manos sostiene la vida que se le escapa, mientras la muerte caba más hondo hasta traspasar su pecho.

El indio recuerda a la Tránsito: ojos de abismo, carne tostada, curvaturas de fiebre. Y, al ser asaltado por la idea de tenderse al amor de una blanca, sus manos manotean en el vacío con espasmos de estrangulación. Un gran odio revienta en sus pupilas que se vuelven al sol. Después... sus ansias se agostan saturadas de embriaguez; mientras desde el cuenco de chicha de jora le miran sus ojos, que son los ojos de una raza cobriza, fuerte y sincera que se hundió en el corazón abierto de la conquista, que se nutrió del sol de sus arterias...

El Revolucionario

Hacia un rincón el miedo se agolpaba. La noche era tan fría que su navaja helada cortaba a los espíritus mejor templados. Un ojo rojo de pavezas, aún incandescentes, recordaba el calor del fogón de la choza, abandonada en un ímpetu de rebeldía.

¡Cuántos días de hambre, de frío, de miseria!

Antes la vida estrechaba con su mano de egoísmos, a veces, las gargantas. Sin embargo, el vivir junto al surco, la respiración de la tierra prieta y compasiva, halagaban el ansia de inconformidad. Ahora, el cinto pesado por la carga de plomo: hirsuto el cabello, extraviados los ojos en espasmos quizás de maldad.—Las manos agarrotadas a la crueldad indiferente y fría del cañón de un fusil.—Nada de pan, penas, duras como piedras, para descansar el cansancio de tantas caminatas y de tanto despecho...

Las sombras punzantes de un cabuyo deshlaban la gris tela de niebla con que la noche nos cobija. Ni siquiera el entretenimiento de una estrella o la sonrisa diluída en blancura de la luna. Nada. Silencio. Los cigarros de marqueta han agrietado los labios y su sabor picante ya no consuela. Ahora se fuma, regañando, bocanadas de ira.

La clarinada de un gallo, como la pitada de un centinela de feria, nos sobresalta. Aún es muy oscuro. Se abre un paréntesis en nuestras almas atormentadas por el ansia de despercutirse de este dolor contenido de coraje, nacido de la necesidad de sentirse libres, cómodos e independientes.

Por las piernas en arco del Sargento fuga el último retazo de la noche. Se diviza la banderola prendida en el montículo. ¡Ah! Si hoy vinieran a atacarnos. ¿Quienes? ¿Quienes serán los que vengan a rompernos nuestro grito rebelde en las gargantas agujereando un anhelo con el minúsculo orificio de su mejor puntería, de su mejor armamento?

Nos consuelan palabras calientes como único desayuno. Hay escasez de provisiones y los jefes creen sostener, de esta forma, varios días de combates. Cómo recuerdo los ojos de miel de mi perro! Cualquier bestia de carga estará más cómoda halando el peso de su vida sin sentir este algo indecifrable que llevamos los hombres metido a puñetazos en el alma. El querer redimirnos, el querer purificarnos, nos lleva a destruirnos, a

odiarnos. ¡Miseria sobre miseria con ansias de purificación, de eclesiastez.

No, ¿pero qué derecho tengo yo para pensar así? Es necesario, indispensable el correr de la sangre como un río para que fecunde la idea y se prendan dos alas de emancipación en las conciencias. ¿Será posible? ¿Dos alas de terror, de indignación? ¿No sería mejor que los hombres se agrupen, pero ya no en son de guerra sino cada uno portando la flor de su alma para la comunión espiritual e ideológica de todos? ¿Hasta cuando no será posible deponer los odios y acercar los espíritus? Quizás nunca, somos hombres...

Se rompe en mi cabeza un estampido de estupor. Es el primer disparo de cañón con el que nos saluda el enemigo que nos ha localizado la víspera, al amparo de la noche que cortaba los espíritus mejor templados con su navaja helada.—Zumba sobre nuestras vidas la muerte. ¿Qué hacer? ¡Disparad! se ordena imperativamente. Y se dispara con locura, como haciéndose a la muerte para que ésta no nos llegue.—Es en este instante cuando se alza el imperativo de vivir eternamente si fuese posible. ¡Cómo se agolpan los recuerdos cariñosos, cómo se tortura el alma al sentir, por corrientes telepáticas, la caricia tierna de los suyos. Todos tenemos un cariño que, ahora, cuelga de las pupilas llorosas de una madre, esposa o de unos hijos.—Un gemido, un compañero que cae. Un recuerdo fugaz: era casado y nuestro vecino. Se rompe a cuchilladas toda ternura en el alma. La fiereza, la venganza iguala

a los hombres que combaten con las fieras que se beben las entrañas en el corazón hondo de la jungla.

Rompió la eclosión de trinos mi cuerpo en su caída. Un foetazo rojo cruzó ante mis ojos. La inconsciencia de mis dos manos cortaron el grito de sangre de mi herida. Fuí perdiendo la noción de lo tangible. Parecíame que mis mucosas se hubiesen saturado de cocaína. La muerte caminaba lenta, sus múltiples dedos de sombra no alcanzaban a cobijar tantas vidas, quizás por esto se salvó la mía. Pues, sobre dos brazos, como sobre parihuelas, sentí que me elevaban hasta las estrellas. El arco de la luna asombraba esta escena dantesca en donde dos hombres erguidos sostenían despaciosos el girón que se albergaba aún en mi cuerpo. El silencio reinaba ahora, muellemente, sobre la devastación de la locura humana. ¡Qué insensatez! ¿Por qué nos destruimos con tanta saña si la misma impetuosidad nos lleva a procrearnos?

Si pudiéramos los hombres cuando nos martillea alguna idea de destrucción, de rebeldía, de guerra, pensar en el amor puro y en el dolor inmenso de nuestras madres, esposas o novias. ¡Ah! El odio se tornarí­a fecundo en afectos. Se alargarían nuestras manos acariciadoras hacia el temblor de alma de los cabellos de la madre o hacia el chorro de oro de los rizos de los niños o recortarían la embriaguez de una melena bruna. Entonces, el sol, caído sobre la rubicundez de los pechos abiertos, se encontraría con la estrella roja de

nuestro corazón en donde se hallaría fecundada la semilla de paz y de amor...

Se impuso el número y la ciencia de matar sobre nuestro grupo que alzaba muy en alto su ideal. Ahora, ¡vencidos! Los ojos incrustados sobre la tierra. Sangre sobre la cara, sobre las manos, sobre la vida. Prisioneros: nos vejan. No comprenden que un ansia de libertad, de comodidad, de independencia, no sólo para nosotros, sino aún y, especialmente, para ellos, nos arrojó, como obsesionados a la vorágine en donde creímos encontrar redención y hallamos tragedia...

Larga fila retorcida de dolor y de vergüenza. Custodiada, por ambos lados, por ceñudos vencedores que embriagados de vino y de una gloria efímera, están a la caza de cualquier gesto nuestro para darnos la propina de un puntapié o de un puñetazo, grotesca manifestación del acanallamiento de los espíritus después de la batalla. Obra es del estrépito de la guerra. ¡Mata para que no te maten! es la orden que obsesiona, que relaja la condición de humanos. Se incrusta tanto en las almas esta rudeza salvaje que aún, en la victoria cuando debiera el vencedor tender la gentileza de su generosidad hacia el caído, le extienden un puntapié o un puñetazo. Los muertos que se han quedado con las facciones descompuestas forman motivo de risotadas y dan lugar a palabras obsenas. Ni tan sólo la fría y fea realidad de la especie les conmueve. Tengo la sensación de que de esas cabezas han fugado los sentidos y los sentimientos. La distracción que este soliloquio me ha

producido hace que caigan sobre mis hombros matotazos e interjecciones que revientan los oídos.

Un joven oficial que contemplara la escena sin poder impedirle fulminó al soldado con el acero de su mirada y acercándose hacia mí barbotó unas palabras de disculpa. Cuánto agradecí este procedimiento que venía a contradecir, en parte, mi aseveración anterior. Pero es que a este joven oficial supieron inculcarle, junto con vastos conocimientos para matar hombres, sin el mayor riesgo personal, la caballerosidad y la gentileza. Y supieron, además, destruir en su corazón ese fondo de odio, de fanático rencor que a nuestra Raza nos legara la conquista española.

Monótonas horas de dolor, de fenol, de pus. Hileras interminables de camas blancas acogen las carnes torturadas que escucharon de cerca la voz ronca del cañón o que recogieron, como una tela, las puntadas de plomo de las ametralladoras en la vendimia roja.—En el apresuramiento del instante nos van vaciando entremezclados. Frente a frente o contiguos: vencedores y vencidos.—Blanco agitarse de camisones higiénicos y volar de hábitos azules. Pasan días. Nos hemos ya acostumbrado al gemir constante. A veces, uno que de noche gritaba ha silenciado con el alba para siempre. Es terrosa su cara, sobre la línea negra de sus labios brillan trozos de hielo, como lágrimas. Luego ocultamos, con un mismo gesto de horror, la cara. Vienen a llevarse al muerto.

En los primeros días no nos era dable cambiar una sola palabra con nuestros enemigos, compañe-

ros de Sala. Todavía el odio no había decrecido. Miradas torvas. Adustez y, a veces, palabras de insulto. Sin embargo el idéntico ardor de nuestras heridas, la misma ansiedad espiritual nos iba acercando, poco a poco. ¡Oh! la cruel ironía de las circunstancias. Ellos, cuando sanen, obtendrán un ascenso en sus respectivos grados. Tendrán mayor comodidad, la felicidad reirá en sus hogares. Su presencia en ellos será recibida por los brazos rosados del cariño.—Nosotros: la convalecencia la pasaremos en la Cárcel. ¿Por qué? Porque no supimos acallar el grito de rebeldía que reventaba en nuestros pechos. En el seno de nuestros familiares se acomodará el dolor, resignado y digno. La derrota no implica indignidad ni vergüenza, no: Nuestro anhelo de redención está erguido, quizás más cimentado. Supimos recibir en nuestro cuerpo el molde de la bala. ¿Qué más da? La victoria no coronó nuestras fatigas. La guerra, la derrota aleccionaron y templaron a nuestros espíritus para el futuro. Nuestra dignidad de hombres revolucionarios está enhiesta. No envidiamos a nuestros vencedores, nos resignamos a mascar el retazo de pan de pena que nos queda mientras se ensancha el pecho de fraternidad...

Nos dan el alta en el Hospital.—Sin recibir el abrazo familiar nos conducen al Presidio a cumplir la condena por rebelión.—Fríos los días en el Penal. Las celdas recortan más aún nuestras locuras de expansión, de libertad. El relato tala-drante de los criminales hasta llega a entretenernos y admiramos en estos hombres de exiguas ca-

taduras a los asesinos más monstruosos. Poco falta para que nosotros también vistamos el cáñamo de reglamento. El Jefe nos libra de este oprobio.

Asciende al Solio Presidencial un nuevo Magistrado y, con un gesto digno de la iniciación de sus labores, nos salva de las reumas, ya hincantes y de la hiperestesia sobre nuestras neuronas.

Llega el día feliz. Se deshorna, por la abertura negra de los portales de la Cárcel, nuestra alegría de gorriones presos, que vuelven a elevar su trino y a formar su nido al abrigo de un árbol, muy lejos de la ciudad vocinglera y mecánica, que enturbia los espíritus y corrompe vidas y anhelos.

La tierra acerca las cabezas a su seno de surcos. Y, nuevamente la sencillez eglógica inunda una vida que comienza de nuevo. El pasado es una pesadilla ocasionada por una noche de insomnio en donde el miedo se acurraca por cualquier rincón del cortijo, mientras el espanto brilla en las pupilas hipnóticas del gato o electriza la pelambre oscura del perro.

La clarinada de un gallo anuncia el vaso de luz de la aurora. Se recortan en nuestras manos las vasijas de barro en donde se encrespa la leche acabada de ordeñar. Los recentales extienden su blancura de luna sobre la esperanza verde de las deshezas.

Corre hacia mí la risa de mis hijos. Humea embriagante la taza de café. Por los ventanales, que recortan el campo, nos asomamos: mi mujer, mis hijos y yo, como una promesa de amor, de fraternidad y de paz...

La Puerta del Páramo

Cada figura forma un hueco borroso, como si rompiera la niebla: el viento resbala helado por los rostros, que se erizan de frío.—El Páramo.—Madrugada.—La niebla espesa borra la tierra. Se ahonda, uno, a tientas como si escalara las alturas invisibles.—Despierta la mañana bajo el chasquido de los cascos de las cabalgaduras que desmenuzan pedruscos chispeantes.—La trailla sujeta a los perros que menudean al rededor. Percibo figuras equinas, son los sirvientes que me acompañan: flotan esquinas de ponchos.—comienza el ascenso a la cuchilla montañosa: Gotas gruesas de agua que se cristalizan en la epidermis de las manos, agarrotadas a las bridas.—Vamos de caza de ciervos. Mútismo; voces vagas, candelillas que brillan un instante coloreando caras llenas de barbas: pitillos que se consumen

congestionados de humo, temblorosos, en los labios entreabiertos y amoratados: Tabaco: consuelo de penas, distracción de preocupaciones, calor en cantidades minúsculas bajo la helada caricia del páramo. Avanzamos. La luz que se inicia ha cortado la espesa niebla, formando en ella filigranas de encaje, retazos que bambolean en girones y que luego se dispersan, en ascenso sucesivo, hasta coronar la cumbre.—Se diviza la cinta del camino: olor de tierra mojada: heno, boñiga. Grandes aspiraciones pulmonares de aire fortificante: Vida.

Sorpresa: Una diminuta vivienda pajiza nos sale al paso. Minúsculo cercado de espinos constituye el aprisco: vaho de recentales. El hueco de la puerta recorta la figura de una mujer: "Buenos días, patrón". Alboroto de gallinas: 5 a. m. Junto a la choza, uncida, espera la vaca. Crece como una luna la leche en la vasija: tibia reconfortante, tonifica y hace circular vida en la médula.—De la penumbra del cuarto de la casa se alza el grito lloriqueante de un niño tierno.—Anchas espaldas, piernas en arco, poncho raído, sombrero alón, he ahí al era-cama Antonio, guardián de las sementeras del páramo y en cuya vivienda pernoctamos.

Despuntada la mañana, claro el día, comienza la faena cinegética.

Al bordear un sendero, alborotadas, lanzando sus chillidos de miedo, se alzan bandadas de perdices, sin dar tiempo de echarse la escopeta a la cara: mala suerte. Interjecciones confusas en los

labios: uno que otro caballo se encabrita: ruido de rodajas de espuelas, torturadoras de los ijares, galopar. Seguimos, escopetas al hombro, semejando una cuadrilla de guerreros en derrota, sin hogar y sin pan.

El montero mayor hace la distribución de los puestos de "paradas". Me toca en una esquina confortable, semi oculta del viento. Las voces se oyen lejanas: se hunden los perros, olfateando, en en el abismo. Se supone que allí retoza toda una familia de ciervos.—Pasan horas de inquietud y espectación.—Se escucha de pronto la proximidad de la presa por el "latir" de los perros que le acozan.—Crujen ramas secas. Un brinco y, a tres pasos de mis ojos, un ciervo de belleza salvaje, se detiene: largos y arqueados cuernos, piel brillante de sudor, sus ternillas se dilatan de fatiga, ojos inquietantes, dos o tres patadas de impaciente temor y..., luego, vertiginosa carrera. Un fogonazo le sigue, ya tarde. Habíame, de la sorpresa, quedado con el fusil entre las manos. Estupor.—Llegan los perros que me miran hoscos y prosiguen en su galopar ya cansino. Luego las gentes, con abiertas interrogaciones en los ojos y los labios apretados por el disgusto. Yo sigo mudo, hierático, erguido, como un gran signo admirativo escrito, de una pincelada, en la página blanca de niebla del Páramo...

El regreso: sorbos de aguardiente, despecho, cansancio y, la Puerta del Páramo, se cierra a nuestras espaldas.

El Juguete Frívolo

(Novela corta)

I

Ella es juncal y hermosa. Sobre el rojo vivo del sofá luce su torso felino. En la oscuridad de su melena corta juegan, áureas, sus manos enjovadas y blancas.

Recorta la elegancia de su abandono la pulida faz, reluciente, de un espejo que, desde una extremidad del gabinete, retrata, en su reflexión de luz, las siluetas de los objetos que resaltan del encanto de este cuartito de soltera que, a su vez, es de Hotel. Ya que Fany, esta muchachita muy siglo XX—, es una turista que hace que el fino taconeo de sus zapatos, estilo Luis XV—rememoren la

leyenda de la Zandalia Peregrina, a la par que sus ojazos, misteriosos e inmensos, se abren como en floración, a la caricia tibia de una emoción que tremante se hila en la rueca fantástica de su almita frívola. Y élla es así: de un romanticismo exquisito, paradójal a la impecable forma de su cuerpo que denota a la mujer fuerte, amiga de todos los deportes.

La hora de la siesta. Fany ha entornado sus ojazos y, abandonando el libro, confidencial y amigo, se ha sumido en la media luz del recuerdo. Se oyen bocinas de automóviles, estridencias de sirenas, toses de motocicletas y, de repente, el pesado y fatigoso paso de un camión. Sin embargo, nada turba la calma aromada de la estancia, en la cual Fany va cediendo al sueño y el aromático Spud se va consumiendo olvidado en el chinisco cenicero.

El Hotel en el que se alberga es elegante y cómodo: en el tercer piso: dos habitaciones: 16 y 17, que se comunican entre sí por una mampara de vidrios viselados.—El N° 17, habitación más amplia, con balcones a la calle, utilízale Fany, adornándola con la traveza exquisitez de sus veinte años. Sobre mesitas de laca alternan bibelots: el elegante manicure, el blok de esquelas, cuyas esquinas llevan, en dorado, sus iniciales. Dispersos por los rincones véñse varios maletines de viaje que muestran, en la diversidad de sus etiquetas, el cosmopolitismo de la viajera sedienta de horizontes.—Frente a su lecho alba se destaca la majestuosidad de un armario que oculta en la profundidad de su corazón sonoro el pungente olor a

esencia "Cotty" desprendido de la levedad de seda de los vestidos, macerados con el néctar que exhala la carne de mujer, fresca, dura, tentadora. Y, allá, sobre un minúsculo secreter una minúscula "Viva-Tonal" se hastía con el silencio, alterado, tan sólo por el torturado latir de un diminuto reloj que, alojado en su estuche lleno de arabescos, va señalando el minuto que huye.

El N° 16. Habitación más reducida y con un sólo balcón a la calle, está menos amoblado pero presenta cierta elegancia modesta, como todo cuartito de Hotel. —En ella habita Luisa, muchacha que, bajo su delantal de camarera, es de enorme belleza. Su cabellera rubia, su rostro blanquísimo y sus ojos azules. Recostada en su "chaise-long" su falda corta deja libre la curva, hábilmente trazada de sus pantorrillas.—Luisa, bajo el sopor de la siesta, se entretiene en pasar la visual por las negruzcas columnas de un periódico. Una sonrisa abre lo diminuto de su boca. ¿Talvez está leyendo "Educando a Papá".?

II

En el corredor del tercer piso vibra el campanillazo del teléfono. La voz hombruna del muchacho de cuerda se deja oír. Dos golpecitos a la puerta del cuarto N° 17.—Fany salta sorpresiva. Se la llama al teléfono. ¿Quién puede ser? De pronto exclama gozosa, mirando su reloj, ya, quizás sea él...—Furtivo su paso resuena por el entablado del pasillo. Descuelga el audífono... ¡Hc-

F O N T A N A

lal... Sí... ¿con quién?... Ah, ¿eres tú?. Me inquietaba tu retardo. ¿Sí?... Bien, son escasos minutos de tardanza... ¿Qué?... Bueno... ¿De dónde me hablas?... Oye, no sería mejor que te vinieras. Sí, son las cuatro y minutos, tomaremos el té juntos. ¿No te agrada mi cuartito de Hotel? Sí, verdad, pero... si tengo música, no te inquietes. Si gustas, bailaremos. Pero, ante todo quiero verte... Conque te espero...¿Eh?...

Deja el audífono y, ya en su cuarto, abre las vidrieras de los balcones y la luz que entra ríe en la esbeltez de su elegancia...—Llama a Luisa, quien presurosa y solícita acude. Fany pide té para dos personas y, mimosamente, le obsequia una butaca para el vermout de moda.—Luisa estudia en el fondo de las miradas de su ama y siente un estremecimiento. Retírase presto y, dentro del recogimiento de su cuartito, medita: Hemos recorrido gran parte de varios países, localmente, como dos avechitas en pos de primaveras. Ella cediendo a un capricho y yo por cariño a élla. —Sus padres tienen la culpa, ¡cuán bondadosos son! no obstaculizan nada de lo que en aquella cabecita se le pone. Pero, en fin, hasta aquí vamos bien. Yo se que en su alma guarda una herida abierta por la tragedia y mucho me temo que hoy sufra el latigazo de un desengaño. ¿Cuál será el epílogo de este viaje de impresiones? Vamos, él debe venir y yo me iré al vermout. Arregla su toillet y sale, cerrando con llave su cuarto N° 16.—Aereamente van sus tacos por el piso y

su cuerpo de hembra gloriosa tiene el suave vaivén del junco.

III

Negligentemente, Fany, ha encendido el rubio Spud que, colocado en una larga boquilla de ambar, embalsama el ambiente mientras en los labios impacientes y ávidos va dejando el suave estremecimiento de la menta. Sobre el rojo vivo del sofá en donde resaltan los almohadones dispuestos con gusto, Fany espera las cinco.

Dos menudos y opacos golpes sobre la puerta, como dados por alguna mano enguantada. La puerta cede y, en la umbraladura, se dibuja la silueta delgada pero Brumellesca de Jorge.—Es alto, delgado, pero bien proporcionado: un paletó gris recorta su busto: su pantalón "Oxford" cae impecable sobre sus zapatillas de charol. El ala del sombrero aumenta la simpática franqueza de su sonrisa. Su cuello nítidamente blanco se adorna con una corbata de lazo en miniatura. Lleva las manos elegantemente enguantadas y entre sus dedos juguetea un bastón delgado.

A una mirada de invitación de Fany, descúbrese y va hacia ella. Un sorbente beso sella amorosamente este instante de cita.

Las seis. Una llovizna impertinente lustrea el pavimento y empaña las vidrieras de los ventanales. Hace frío. Fany salta de su sofá y cierra las hojas de los balcones. El interruptor, bajo la presión de sus dedos, da paso a la luz. Se ilumina

na el cuarto. Jorge apoyado en el brazo del sofá sonríe ante la venusina belleza de ese talle y su carne siente el mordisco de la tentación. Ella le besa dulce y frenéticamente.

Un paréntesis se abre: el muchacho pide permiso para entrar, portador de las chinescas raciones de té. Sorben el té. Y, a una indicación de Fany, el muchacho hace cesar en sus bostezos de silencio a la "Viva-Tonal" que deja escapar las armonías turbadoras y desesperantes de un tango.

Cesa la música, el té ha concluído, los cigarrillos rubios se agostan dentro de los ceniceros minúsculos.—El, suplica amante. Sus sentidos los extravía el deseo. Ella lo acaricia suspendiendo todo intento atrevido con la aguda interrogante de sus ojazos misteriosos e inmensos.—A la imploración convulsionada, élla altiva corta sus caricias y, señalando la puerta, exclama: ¡Si tú has franqueado el umbral de mi cuarto llevado por tus apetitos, sal. Ni un momento más en esta pieza!

Jorge vuelto a su estado normal, como de una sacudida, templa sus nervios exaltados y pide disculpas a Fany que, sonriente, le perdona.—Se oye un levísimo chirrido de una llave que se da vuelta en una cerradura del cuarto próximo. Luisa vuelve.—El silencio se altera con la voz de Jorge que murmura: Oyes, Fany, la locura con la que te amó hace que igualmente te desee. Perdóname, el cuerpo es a veces dirigido por el espíritu, pero no siempre. Yo me obsesioné, discúlpame.

Fany, colocándose el paletó de calle, como para salir. Comprendido: por eso te he perdonado.

do. Tú conoces bien cuanto te quiero y por eso no permitiré que tu comportamiento para conmigo sea canallezco y callejero. Tu vehemencia, tu ardor, como tú dices, te disculpan, en gran parte. Pero, ¿sabes? ese modo de proceder es tan torpe. Pues, en verdad que admira que existan hombres todavía que crean que porque una mujer recibe en sus habitaciones particulares, esa mujer está ya rendida y su cita es una entrega. No, y menos aún, cuando élla permite ese acercamiento a la persona a quien ama y de quien está segura de su caballerosidad. En fin, basta. Tú te ofuscaste y yo te perdono porque te quiero. Corre hacia Jorge y le besa. Luego salen. Al paso, Jorge descuelga el audífono del teléfono y pide un automóvil.—Son las nueve. La llovizna sigue impertinente. Un "doche" elegante espera a la puerta del Hotel. Suben Fany y Jorge y el chofer recibe la orden de conducirlos a algún restaurant de moda.

IV

A la vuelta de un interruptor se alumbra un cuarto situado en el piso bajo de una casa familiar. Se ve claramente que este cuarto sirve de alojamiento a un hombre solo. Es Jorge quien lo habita. Es una habitación cómoda: un ventanillo que da a un jardín, un lecho en su parte opuesta, una mesa central que denota el desconcierto que reina en un cuarto de soltero. Confundidos véense

libros, periódicos, cartas, etc. Al otro extremo se halla lo indispensable para la toilette de hombre.

Y, en lugar preferente, una fotografía de una muchacha en traje de sport.—Dada su gran belleza parece que fuera el retrato de alguna estrella fugada de Cinelandia perteneciente a la Metro-Goldwin-Mayer o a la Paramount. Pero, nó: es Fany la que se ríe hermosa y juncal.

Jorge es un muchacho nacido en provincias y arrojado a la Capital por la buena voluntad de sus padres en pos de una carrera universitaria. Es estudiante de leyes. Y, siempre al finalizar sus cursos anuales, suele, infaliblemente, visitar a sus viejecitos y pasar en la tranquilidad de la vida de provincia, dentro del tibio regazo de su casa solariega, sus meses de vacaciones.—Como un recuerdo hondo de su provincia alimenta en su alma el cariño, todo blancura y sencillez, de una muchacha de su tierra.—Ahora, Fany. Su voluntad dominada por su apasionamiento. Su último reproche: la agria lección que hería su amor propio, agolpaban en su mente la sed de venganza. Juró triunfar y rendirla. El corazón herido del hombre exita el instinto del macho.—Jorge, contemplándola en el retrato, volvió a desear a Fany, la de curvas impecables, inédita al amor.—La mano hizo la oscuridad en el aposento. Afuera vertiase el dulzor violeta del amanecer.

V

Don Javier, padre de Jorge, lleva sobre la robustez de sus omoplatos la carga pesada de los setenta años. El mezquino ambiente de toda vida de provincia, lo reducido del círculo de amistades habían hecho que su carácter se amoldase pacíficamente a este medio, en donde era querido y respetado. Su posición económica más o menos cómoda de que disfrutaba, hacía que don Javier hiciera su vida apartadamente, a su modo, sin que nadie se ozara en mirarle airadamente, como suelen hacerlo aquellas personas que se suponen sostener a otras.—Una casa central en la cabecera de provincia, una quinta cercana, sus ahorros asegurados en un Banco, don Javier veía tranquilo alejarse a la vida que desfilaba nevando su cabeza, como si en ella se hubiera muerto la luna.

Vacaciones: la chiquillada ríe destrenzando su jovial alegría sobre la verde acogida de los campos o ya enredando su carcajada rosa en los nervudos brazos de los árboles, como un campanileo de libertad: Vacaciones.

La Quinta "Alelí" es una preciosa propiedad. Su casita, toda blanca, de un estilo arquitectónico completamente moderno. Se llega hasta ella atravesando una avenida de álamos, unidos entre sí y columpiándose sobre ellos, a manera de cielo raso, por multitud de florecitas de corolas multi-

colores que dan una sensación de belleza que sume el alma en desvanecimientos de perfume y color. Se piensa, al atravesar esta avenida, en algún lienzo magnífico de Santiago Rusiñol. Quizás algún paisaje olvidado de Aranjuez.

Por la carretera, rectísima y brillante de sol, rueda velozmente un Sedán de turismo que, a 60 kilómetros por hora, ovilla la distancia que separa la capital de provincia de la Quinta. En él viajan dos encantadoras muñequitas de Bazar: la una, encasquetada su blanco gorro de lana, sus manitos sumergidas en los grandes guantes de automovilista, guía diestramente el volante de su coche, que, con levedad de pluma, les proporciona el voluptuoso placer del vértigo. La otra, alto el cuello de su "shueter" sonríe dejando que sus miradas se alarguen en el azul, en tanto que élla, calladamente, aprisiona un recuerdo.—Isabel, la automovilista es una muchacha arrogante, cuyos dieciocho años eclosionan en un triunfo de alegría y belleza. Sus ojos azules, de intensa dulzura, revelan la delicadeza de su alma. Su cuerpo un manojo de lirios congestionados de perfume. Y, sobre la suave blancura de su rostro, la gota de sangre de su boca.—Blanca, su hermosa compañera, es una figulina cuya belleza es majestuosamente serena, como el perfil de una Diosa, o como si élla fuera la Reina del Verso y la Armonía; porque todo en élla canta, porque todo en élla es suave y dulce, porque todo en élla es hondo y tierno.—Isabel es hermana de Jorge. Blanca, la provincianita que sembró su ingenuidad en las

sencillas palabras con las que él supo abrirle el corazón.

El agudo sonido de la bocina del automóvil que se avecinaba despertó en la casa de la quinta, la buena alegría del recibimiento. Don Javier pasea, preso de la nerviosidad que produce la espera, por la ancha azotea desde donde se alcanza a columbrar gran parte de la carretera. Inquietas sus manos buscan el auxiliar del binóculo. Bien pronto, en los círculos de la visual, se recorta la elegante silueta del coche de su hija. Y, casi al mismo tiempo, el viento que vuela en esa dirección reproduce el sonido de la bocina, como en una sucesión de ondas.—Doña Marta, esposa de don Javier, sale del comedor, con la velocidad máxima que le permite la cortedad de sus dos piernas y se lanza a la barandilla, dominada por el pueril placer de presenciar la llegada.

Raudo, aligerada su marcha, el coche enfile por la avenida de álamos y a poco se detiene junto a la gran verja de hierro que defiende la entrada al parque, desde cuyo centro un cisne, en agnía de ensueño, lanza su canto convertido en cristalinidad y puras gotas de agua que se desgranán de su pico, convulsamente abierto, y que las recoge la fuente para tejer con ellas el áureo collar de su tristeza.—Isabel y Blanca descienden del coche y por las avenidas van sus cuerpos cimbreados y gráciles: en tanto que, desde la pupila azul del estanque, los gansos saludan a la eurtimia de sus siluetas con el alboroto de su alegría.

Vacaciones: Sol, Risas y perfume de campo.

VI

Habitación N° 17.—Fany, sentada delante de su escritorio, deja que, nerviosamente, se deslice su estilográfica sobre la diminuta blancura del papel de esquila. La pluma de oro va trazando indiferente la cruel ironía del desengaño.—Desde aquella entrevista con Jorge, aquella tarde en la que la llovizna tocando en su dulzaina, empañaba las vidrieras de los ventanales; aquella tarde, cuando él, extrávicó sintió el mordisco de la carne, ¡qué abnegación, qué pureza de alma tuvo que oponer élla para no caer vencida! Después, cuando creía alimentar su amor, santamente, con la sangre azul de la ilusión, en lugar de que florezca blanco, intocado, magnífico, que uniere sus almas con estremecimientos de ideal, de ensueño, había crecido implacable el cardo que quería destruir toda su sentimentalidad de muchacha ingenua, para hacerla que ruede envuelta en la vorágine hacia el abismo, desde cuyo fondo atisban impacibles los ojos de la Fatalidad.—Jorge, desde aquella tarde, había menudeado sus visitas que cada vez perdían el halago que les brindaba el amor. Ciego, loco, ya no era el muchacho de antes: sus palabras truncas, sus ademanes rápidos, sus gestos, todo, llegaron a infundir en Fany sorpresa al principio, luego miedo y por último, desprecio.—Ella sufría: miraba como en su peregrinar de emociones, la única que pudo recortar entre sus manos para enredarla a su vida, y esa se había agostado.—Pálida, triste, mira-

ba que la belleza de su rostro, lo impecable de sus formas y el tesoro de su alma eran tan sólo una pesada cauda que tenía que arrastrar a lo largo de las horas sin que nadie se asombre, sin que nadie, mucho menos, la comprenda.—Recordó la primera historia heróica de su vida, tan trágica para élla. René, el muchacho sentimental, el ingenuo trovador que supo encontrar en el laberinto del corazón de la mujer el brillo de su mérito. René, el que desangró su madrigal a su oído en una hora propicia. El que supo ahondar su alma y enternecerla con sus versos y embriagarla con sus besos, de pungente sabor de alma, se mató... Se mató junto a la tumba de su madre: porque su espíritu no podía mantenerse encerrado en la arcilla. Abandonó a su amada, que aprendió de él a comprender la poesía de la vida y la poesía del dolor, para transformar su espíritu en luz o en perfume.

Más tarde, la misma vida amortiguó esta pena arrancada del corazón por la desgracia. Entonces fue cuando élla sintió el deseo de viajar. Soñó con el bullicio de las ciudades, soñó con las caricias deshechas en agua de los mares más remotos y vibró al pensar que su alma encontraría, oculta en algún jardín, la emoción perdurable. Viajó y el elegante corte de su falda fue mecido por las brisas de mar y tierra. Su fiel compañera, Luisa, la seguía compartiendo con élla, la alegría de la llegada y la tristeza de la despedida.

Fany, intensamente pálida, terminó de escribir la esquila: lacónica, seria, a la par que triste,

F O N T A N A

cortaría, como una daga, la insistencia insultante de Jorge. Llamó a Luisa y ordenóle que echara la carta en el buzón próximo, advirtiéndole, de paso, que el martes partirían hacia donde se encontraban sus padres, único afecto desinteresado y sincero.—Los ojos inmensos, misteriosos y oscuros de Fany, se llenaron de lágrimas.

VII

Martes: La mañana desgarra luces por el oriente. La ciudad anuncia su artículo de ruido. La gente, en el andén, se amotina. La ennegrecida locomotora lanza sus espirales de humo, en bocanadas de impaciencia.—Recorta la ventanilla, de uno de los carros de primera, una inquieta cabeza de mujer. Fany espera que la tristeza de su partida haga el milagro de transformar el corazón de Jorge, para aliviar su pena, con el grato recuerdo de haberlo dejado bueno. Faltan escasos minutos para marchar, tan lejos... y él no viene. Sus miradas interrogan al azul y su alma se exteñía marchita.—El agudo puñal del pito le arranca de su éxtasis. La locomotora prorrumpe en un grito metálico. Parte el tren...—La última mirada de Fany descubre a Jorge que, oculto en una curva del camino, espera, convulso, el pasar rápido del tren, que deja muy atrás la vaguedad de su silueta: en tanto que un pañuelo finge, sostenido por una mano trémula, una lágrima blanca.

VII

Mordía su despecho y ambulaba distraído confundiendo el recuerdo atormentante a lo largo de las avenidas. La soledad hizo que Jorge comprendiera hasta donde le habían llevado sus ansias de venganza. Mirábase ridículo. Ahora que élla estaba lejana, perdida, dióse cuenta exacta de que Fany no era la mujer que él creyó: y, suavemente, recordó las primeras palabras y los besos primeros. —Los días pasaban así: pausados, rudos y grises, agostando, minuto a minuto la mustia flor de lo que fue y aún borrando el recuerdo grato que se esfumaba hosco y cruel.

IX

Todo un mes de vacaciones transcurrió sin que Jorge haya dado noticia de su venida: que, anualmente, dedicaba a sus padres y a Blanca.— Don Javier paseaba inquieto. Un presentimiento hizo que dos lágrimas se desprendieran de sus ojos y fueran a morir en su bigote cano. Sin embargo nada dijo y sufría su dolor, callado. Doña Marta entretenía la espera y procuraba alejar el dolor que las funestas ideas le ocasionaban, escribiéndole carta tras carta sin que ninguna obtuviera respuesta. Isabel disimulaba su inquietud diciendo que debe ser una genialidad de Jorge el hacerse extrañar, sabiendo, como él bien lo sabe, el cariño

tierno e intenso que su familia le profesa.—Blanca sentía en su corazón la realidad misma, sola, en la orilla de la fuente, contemplaba al cisne en agonía y dejaba correr sus lágrimas que, cayendo en las aguas de la fuente, hacía más áureo y brillante el collar de su trizteza.

Por fin llegó el día que debía romper con todos los presentimientos. Jorge descendiendo de un taxi, cruzó silencioso y grave, las avenidas que daban acceso a la quinta paterna.—Fue ruda la transformación anímica que sufrió su ser, hasta ponerlo en estado de suicidio. Quizás en su subconciente, el amor todo sencillez de Blanca hizo que se detuviera su mano que iba a ser la portadora de su muerte.—Un día sus pasos se encaminaron a su ciudad natal.

Jorge, entonces era su propia sombra que ambulaba desconsoladamente triste.

Blanca, alargando sus brazos, imploraba esperanza.

El amor triunfó, al fin. El cisne en su último estertor de agonía, presenció el beso que, quemante como una hoguera, rompió el fatalismo del recuerdo y del desquiciamiento anímico.

El viejo amor surgió, como una margarita, de la profundidad ruinosa del amor que se fue...

DRAMAS

EL CANSANCIO DE LA VIDA

Trabajo premiado con Medalla de Plata en la Exposición Interprovincial de Artes, en el año de 1929.

Drama en un Acto y en Prosa

PERSONAJES

Julio Fair (Luis Champ, un poeta enfermo)

Julia Taylor, Artista de Cine, esposa del poeta

Dr. Vial, Médico del Hospital

Raul, estudiante de medicina, Practicante Interno

Teresa, Hermana de la Caridad

**y, varias monjitas que, lentamente, cruzan por
las galerías.**

ACTO UNICO

ESCENARIO

La acción se desarrolla en un Hospital. Una sala de pensionistas, pequeña, con una ventana que da a un jardín y la puerta a una amplia galería por la cual se cruzan las Hermanas de la Caridad, cabizbajas y soñadoras, paseando las cuentas de sus rosarios negros y enormes, en los que brillan las pulidas facas de los crucifijos de plata.

Demñana: el primer vaso de luz de la aurora se derrama en el cuarto del enfermo. Una estrella otea en la lejanía, como una pupila zarca, y retratando su tembloridad en la vidriera del ventanal, entretiene las vagas y errantes miradas del enfermo e ilumina de oro su mirar ya turbio.

¡Dolor, Cansancio, Melancolía...

ESCENA PRIMERA

(*La hermana y el enfermo*)

LA HERMANA.—(*Acercando una silla al lecho, consulta un reloj de mesa, colocado en una repisa, a un extremo de la habitación. Toma, de una mesita próxima un cordial dejado por el médico y colocando una pócima va a dar de beber al enfermo, que sigue contemplando a la estella que se extremece lejos...*)

EL ENFERMO.—(*como volviendo de un éxtasis*)

Hermana: ¿cuántos días son ya de mi agonía?

LA HERMANA.—(*colocando la copa en la mesa y tomando asiento al pie del lecho*).

Buen hermano: el tiempo en la agonía se hace lento. Acaso no habéis sentido el pasar cansado de estos días tediosos?

EL ENFERMO.—(*con un gesto extraño*).

¡Oh, sí, la vida! Este incesante desfilarse de horas que han ido dejando en la flor ya mustia de mis labios enfermos la rara mueca de la angustia y, entre el temblor de mis párpados, el dolor de una lágrima,

LA HERMANA.—En nuestra vida, hermano, que se extiende como una senda larga, cuantas espinas ocultas desgarrarán aún nuestras almas. Además, acaso no conocéis que este dolor nuestro, tan vivido, tan nuestro y tan cruel, nos sirve de máscara para confundirnos con la arlequinesca lo-

cura de la humanidad y dejar que se desborde de la copa de nuestros labios todo el torrente de nuestra carcajada.

EL ENFERMO.—(*agitado se inclina a la derecha y, sosteniendo su pecho con ambas manos, sufre la convulsión de la tos, seca, desgarrante. Luego exclama nervioso*).

Sí, tenéis razón. Pero yo conozco más que vos lo que encierra la vida: me he confundido tantas veces en la sombra inquietante del placer, he bebido en la copa torturante y en los labios de mujeres que surgieron en el vértice oscuro de mi senda, todo el sutil veneno del engaño. Y, sobre todo, hermana, crucifiqué mi cuerpo para que sueñe mi alma.—¡Dadme morfina! quiero vestir de azul de ensueño estos minutos negros. Siento que mi vida, como una gran rosa, se va deshojando marchita. Pero, aún me queda algo que palpita y que sangra. Hermana, embriágale. Quiero eternizar estos minutos, vistiéndoles con el azul de vuestros ojos y la blancura de vuestra toca. (*cae la cabeza como en un síncope cataléptico*).

LA HERMANA.—(*febril y ansiosamente extrae de la profundidad de un bolsillo de su hábito la ampollita salvadora y, tomando la jeringuilla, olvidada en la mesa, la desinfecta y, rápida, inyecta el líquido en el brazo, que cae fuera del lecho. Furtivamente, sale*).

ESCENA SEGUNDA

(*Dichos, menos la hermana*)

EL ENFERMO.—(*incorporándose tabajosamente, pasea sus miradas por la habitación y murmura hondamente*).

¡Otra vez en la vida y este remordimiento que me mata! Este amor que hace tiempos lo creí enterrado en mi corazón, ¿por qué revive tan cruel cuando voy a morir y vuelve tan hondo, como antes?—Fue la única vez que el engaño, poniéndome su antifáz de desvergüenza, hizo esgrimir a mi mano el puñal horrible del abandono que lo clavé en el pecho de la pobre amada de provincia, provocativa y sana, como las frutas de su huerta. Me amó tanto; fue la única que pudo sembrar en mi senda la bienaventuranza. Yo fui malo: probé el mosto virginal de sus uvas y exprimí el jugo de su juventud, ebrio de placer. Después, fugué, cobarde, ante el desperfecto de su cintura, tronchando su primavera y llevándome a las espaldas el eco de su despecho.—Nunca más la volví a encontrar; su recuerdo borróse al contacto lascivo de labios absorbentes de diversas mujeres de la farza.—Nunca más tuvo mi alma la santa y suave impresión de

las primeras palabras de antaño, volvióse astuta en refinamientos que bien pronto la agostaron. Y hoy, ¿por qué siento que me olvido de toda esa vida que me postró?, y arde en mí, como una llama, ese viejo amor a la que debía ser mi Única. Ese amor que lo dejé pasar para mi eterno mal. ¡Amada de antaño, hermana de mi pena, tú la que en el pomo de tus ojeras cuántas veces me diste de beber el único minuto intenso de la vida y escuchaste en las mañanas claras, en las tardes serenas y en las noches calladas la confesión de mi alma niña...! (*fuerte golpe de tos le interrumpe, luego dolorosamente prosigue*). Por élla sangraron de mi corazón mis primeros poemas, por élla tuvo mi alma la santa locura de soñar y, cuantas veces extendí mi mano para aprisionar las estrellas más remotas con que adornar lo santo de nuestro cariño intenso.

ESCENA TERCERA

(*Dichos y el médico*)

EL MEDICO.—(*Entra acompañado de la hermana, que conduce la ligera colación para el enfermo. Es un individuo en cuya cabellera ha nevado ya la luna, Su rostro, de simpático gesto varonil, adornado por la temblorosa de una barba de corte francés. Lleva quevedos con tiros de oro. Su mirar franco infunde confianza. Viste el blanco camión higiénico*).

¡Hola, amigo! Parece que la vida ha vuelto a rejuvenecerlo: en sus ojos encuentro su mejoría,

¿verdad? Sólo esa tristeza que parece formar en usted parte integrante de su naturaleza (*tomándole el pulso*). Vamos, hombre, es necesario poner de parte un gran caudal de esperanzas, si nó la misma ciencia se intimida. ¿No ha oído usted decir que más hace la confianza y la fé en el médico que los mismos medicamentos? Yo, francamente, he hecho lo posible para infundirle esa confianza. (*poniéndose de pies se dirige a la hermana*). ¿Habéis hecho tomar el cordial que os dejé anoche, al enfermo?

LA HERMANA.—Sí, doctor, no hace mucho.

EL DOCTOR.—(*preparando su estuche*).

Veamos, amigo, como van esos pulmones. Y ese corazón, a ver si podemos inocularle un poco de la alegría del vivir, para que salte contento y no le den deseos de suspender su tarea de golpetear como un reloj. (*Toma al enfermo delicadamente y le obliga a sentarse en el lecho, algo inclinado hacia adelante, sostenido por la hermana, que ha abandonado la colación que trajera en una mesita próxima. Le ausculta detenidamente durante unos minutos, por toda la espalda, luego el pecho. Terminado el examen lo vuelven a acostar, y el médico pregunta*): ¿Habéis sentido durante la noche o por la madrugada algún ahogo fuerte? ¿Recordáis si los accesos de tos os ocasionaron mucho dolor, con un desgarramiento?

EL ENFERMO.—(*con aire tranquilo*).

Si, doctor, esta mañana, sobre todo, creí que me moría, una angustia atroz me anudaba la garganta, sufrí como un delirio, luego me provino un desmayo, y después, volví en mí. Yo no sé cómo

ni por qué. Desde allí siento cada vez que toso, como vos decís, desgarramientos en los que se van pedazos de mi vida. *(tose)*

EL DOCTOR.—Tranquilidad, amigo, ya mejoraréis. Desechad ese pesimismo y manteneos optimista. Desayunad, poned vigor en vuestro cuerpo anémico, acopiad fuerzas: porque yo quiero tener con vos un ratito de charla, ahora que tengo algún tiempo desocupado.

LA HERMANA.—*(acercando la colación)*.

Servíos, hermano, que puede enfriar demasiado. *(cruzando los brazos reza muy quedo una oración corta)*.

EL DOCTOR.—*(insinuante)*.

Quiero que charlemos, amigo, que me contéis algo de vos, puesto que adivino que un peso enorme os doblega. Os ruego que me hagáis vuestro confidente. En mi tratamiento para sanar vuestro cuerpo sería de inmensa utilidad detalles de vuestra parte anímica: pues, una honda preocupación moral resta mucho las fuerzas necesarias para oponer una resistencia física a las complicaciones de vuestro organismo.

EL ENFERMO.—*(desayunando)*.

¡Oh doctor! Si la confesión de mi tristeza os puede interesar, más que por el tratamiento moral de mi alma y la salud de mi cuerpo os la voy a contar, a los dos, que habéis sido los designados por el travieso destino para escuchar la historia de una vida de un hombre como yo, que la cruzó con una canción en los labios, una locura insaciable en los ojos y una gran desilusión en el alma. *(tose largos instantes)*.

F O N T A N A

EL DOCTOR.—Mejor sería que atemperéis esas emociones demasiado intensas, para que contéis vuestra historia que me interesa tanto como si fuera la historia de mi hijo; pues, he visto en vos, un fiel retrato de su fisonomía. ¡Mi hijo, mi pobre hijo que murió hace un año! (*dos gruesas lágrimas brillan un momento en sus ojos*). ¿A qué recordar esos minutos trágicos que hieren el alma y aumentaran vuestra tristeza?

EL ENFERMO.—(*levantándose sobre un brazo*).

Hermana, ¿podéis levantar un poco más la cabecera?; me fatigo mucho así. Tengo que hablaros de lo agri-dulce de mi vida, que ha hecho que llegara a desear la muerte. Siempre que miro por la ventana me parece que unos brazos alargados me esperan y unas manos trémulas me llaman...

LA HERMANA.—(*colocando otro almohadón y ayudándole solícita a levantarse*)

Tranquilizaos, hermano, La muerte está muy lejos aún; pues, y, con el fervor de mis oraciones, pediré por vuestra salud... Tened esperanza.

EL ENFERMO.—Gracias, hermana compasiva. (*Se oye una voz que desde la puerta dice*)

Hermana Teresa, os necesita Sor Angela.

LA HERMANA.—(*saliendo con lo que llevara para la colación del enfermo*).

Perdonad, voy a ver para que se me necesita. (*sale*).

ESCENA CUARTA

(*El enfermo y el médico*)

EL DOCTOR.—(*adoptando una actitud atenta*).
Hablad, amigo, soy todo oídos para escucharos.

EL ENFERMO.—Está bien, doctor. Resumiré mi vida en breves palabras y os diré el por qué me cambié de nombre al ingresar a este Hospital. —(*Muda sorpresa, el médico acerca más la silla al lecho*). Tengo 35 años. Quedé huérfano a la edad de doce, y, desde entonces, fue mi vida un mal incurable. La caridad de un pariente rico, el único que me quedaba, hizo que me educara en un colegio, de donde salí, al cabo de seis años con mi título de bachiller, y fuíme a casa de mi pariente, quien me tuvo de su secretario en sus transacciones comerciales. Muy poco tiempo subsistió él, y en una noche horrible murió.—Me había legado parte de su fortuna en dinero y una hermosa quinta en una provincia cercana. Inexperto y loco, la herencia fue mi ruina. Joven como era, comencé una vida entre el amor fácil y la música. Enfermé del continuo trasnochar y resolví permanecer un verano y un invierno en la quinta, para vigorizar mi organismo, gastado en horas de locura y de placer. La tranquilidad, la deliciosa sencillez de la vida de campo me curaron la lacería del alma,

y quise tornarme bueno. Entonces fue cuando, soñador y humilde, me torné poeta y escribí mi obra.—La hija del Administrador me ofreció su cariño, como una flor silvestre, y al aspirar su aroma, mi vida se cambió. La quise con el alma y sus besos entretuvieron las horas que fugaban...

Pero sucedió que ella se me mustiaba lentamente (y al notar que se iba deformando la esbeltez de su talle) comprendí hasta donde había llegado mi locura, y pudiendo hacerla feliz entre mis brazos y con mi nombre, dejé que se desmorone la parte buena de mi alma y fui malo y cruel. Despedí a su padre y a ella llenos de deshonor, en tanto que yo me lanzaba al placer.—Más tarde escribía mucho, y mi nombre llegó a ser el favorito de la amabilidad del público. La gloria me visitó en mi morada: pero mi vida embrujada se iba hundiendo cada vez más en el fango de las malas pasiones. Todas las flores del mal las deshojó mi ávida... (*fuertes golpes de tos y un coágulo de sangre mancha de rojo la blancura de una escupidera*).

EL DOCTOR.—(*se levanta febril y tomando unos gránulos de cocaína los hace tomar, exclamando:*)

Calma, mucha calma, amigo. Tomad, esto os reanimará. Tenemos todavía demasiado tiempo para que continueis más tarde. No os agitéis demasiado.

ESCENA QUINTA

(Dichos y un practicante de medicina)

EL PRACTICANTE.—*(Este es un muchacho de veinte a veinte y dos años, delgado, sus ojos revelan bondad y vivacidad. Viste camión higiénico. Es un estudiante de tercer año de la Facultad de Medicina en la Universidad. Entrando un poco asustado).*

¡Doctor, la enferma del N° 105 está agonizante! Pronto, doctor. *(sale con la misma precipitación con la que entró).*

EL DOCTOR.—*(levantándose presuroso).*

¡Perdonad que os deje. Como acabáis de oír una pobre mujer está agonizando y es preciso ver como darle un poco de vida. *(sale).*

EL ENFERMO.—Proseguid, doctor.

ESCENA SEXTA

(Dichos menos el médico y el practicante)

EL ENFERMO.—*(cogiéndose la cabeza entre las manos).*

¿Qué me pasará a mí?, ¿será obra de esta enfermedad que me va matando o es la realidad misma? En todos creo ver las fisonomías de las personas que no se han borrado de mi corazón. Los ojos, el porte, el gesto peculiar con el que élla acogía mis palabras, los veo en la dulce hermana, tan

solícita y buena. Y, sobre todo, su voz. Cuando la oigo hablar siento como un desgarrón dentro de mí mismo.—¿Por qué, Dios mío, has hecho que esta imagen, amargue a la par que endulza este suave desprendimiento del ser? Voy a morir: sí, debo morir. Es la alta justicia la que castiga la maldad sin nombre que cometí. Y aquel joven que lo divisé apenas un instante, ¿por qué me vino el recuerdo de mi primera edad? Y, me ví yo mismo en él? ¿Por qué sutil maleficio o por qué atroz realidad estoy pasando? ¡Señor, tú que todo lo ves y tu misericordia es infinita para con los desventurados, borra de mis ojos la realidad sangrienta de mi crimen y haz que la parte buena de mi alma se eleve a tí, como una neblina: estremeceida y blanca.

ESCENA SEPTIMA

(Dichos y la hermana)

LA HERMANA.—*(entra en la habitación y acercándose al lecho, toma las manos del enfermo para medirle el pulso).*

¿Cómo os sentís, hermano? Parece que ha subido un poco la temperatura. Queréis tomar algo?

EL ENFERMO.—*(agitado).*

Nada, dulce hermana, por mí quisiera que termine esta horrible alternativa. Pero, oíd. hermanita, si quiero algo. Serías tan caritativa?

LA HERMANA.—*(visiblemente preocupada).*

Hablad, hermano en lo que dependa de mí.

EL ENFERMO.—(tomando una mano de la monja).

Quiero, sabes, que os sentéis a mi lado y no os canséis de mirarme. Vuestros ojos me recuerdan los de mi amada lejana, de aquella pobre muchacha de provincia, toda amor e inocencia. Y a pesar de que vuestros ojos me atormentan, quiero llevarme su mirar hasta más allá de la tumba. Rezad en voz alta, hermanita, tal vez élla ha muerto recordando mi nombre.

LA HERMANA.—(emocionada).

Me consuela que mi presencia os sea grata recordando ese amor pasado y que veáis en mí un reflejo de la desgraciada muchacha cuya alma os ofrendó y que vos mezquino, la abandonaste, sepultándola en vida.

EL ENFERMO.—(con ademanes de dolor).

¡Callad, mejor; no me atormentéis! Me parece que élla se yergue ante mis ojos y de sus labios exangües sale el reproche y el perdón. La quiero hoy como nunca, hermana mía. Es atroz...! (queda como aletargado).

LA HERMANA.—(inclinándose muy cerca del enfermo).

Perdonad, hermano, si mis palabras os han causado tanto mal. Mi misión junto a vos es velar y rezar por vuestra mejoría. Entonces, una vez sano, podréis correr en busca de élla ahora que comprendéis todo el mal que le habéis hecho.

EL ENFERMO.—(impresionado).

Imposible, hermanita, ni siquiera eso me queda. Tuve la desgracia de turbar mis sentidos con

F O N T A N A

el amor de una bataclanera de circo. Y, en un día de fiebre, me casé...

(Retrocede, pálida, la Hermana y un ligero temblor sacude su cuerpo, en tanto que de sus labios se escapa un grito incontenible).

EL ENFERMO.—*(con voz cortada).*

¿Qué os pasa, hermana? Qué teneis?

ESCENA OCTAVA

(Dichos y el médico)

EL DOCTOR.—*(entra triste y, como no dándose cuenta de lo que sucede, pues, su pensamiento está lejos, mueve con desgano los brazos).*

Se acabó la infeliz, no fue posible salvarla con el suero. Su hora llegó y se fué resignada. Pobrecita.

LA HERMANA.—*(sobreponiéndose).*

Padre nuestro que estás en los cielos, etc. *(se arrodilla y en voz baja continúa su oración).*

EL ENFERMO.—*(dirigiéndose al doctor).*

Habéis tenido en vuestras manos el último suspiro de esa desgraciada; ¿cuándo tendréis el mío, amigo doctor. Curará aún esta existencia que me molesta y que os molesta, pese a vuestra magnánima caridad? Sufro mucho, doctor.

EL DOCTOR.—*(tranquilizándole).*

Calma, amigo, ¿a qué viene esto? ¿Qué os sucede? Ese mirar está extraviado: *(tomándole el pulso)* la temperatura aumenta. Una fuerte emoción parece ser la causa de esta aceleración. *(dirigiéndose a la Hermana),* ¿de qué hablaban?

LA HERMANA.—*(levantándose de su oración).*

Una fuerte emoción, verdad. Creyendo ver en mí una copia exacta de la fisonomía de su amada inolvidable. Una crisis nerviosa que, si Dios quiere, pasará pronto. (*se oye un campanillazo*). Perdonad, me llaman a rezar por el alma de la pobre muerta... (*lentamente sale*).

ESCENA NOVENA

(*Dichos, menos la hermana*)

EL DOCTOR.—(*dando una dosis de medicamento*).

¡Animo amigo!—Si gustáis, proseguid en vuestro relato, hoy que os encontráis más tranquilo. ¿Queréis?

EL ENFERMO.—(*incorporándose*).

Con placer, doctor, en qué quedamos?

EL DOCTOR.—Si no me es ingrata la memoria, en que obtuvisteis mucho renombre, pero que os ibais hundiendo cada vez más en el fango de las malas pasiones. Por qué fué ésto, teniendo como teníais vos, lo mejor de la vida en vuestras manos?

EL ENFERMO.—Mire, doctor, me hundí cada vez más en el fondo de las bajas pasiones porque, con la gloria que obtuve que fuí asediado por las mujeres de la farza: que ambulan entre bastidores y para quienes, salvo las predestinadas, es tan cruel, que las lleva hasta la desesperación.—Una de éllas, una bataclanera de circo, mujer espléndida, de una belleza suma, me enagénó tanto has-

ta que me casé.—Más tarde, llegó a ser la favorita de una Compañía de Cinematógrafo, y la reina del music-hall. Fue un amor fiebre, si se me permite la expresión: Recorrimos casi íntegros Europa y América, asombrando: élla con su belleza y yo con mis versos: . . . *(tose y se queja)*. Bien pronto, esa vida de oro y de confetti me arruinó, dejándome en la miseria. Y élla, al verme abatido y pobre, huyó de mi lado. Los días de miseria me degeneraron, hasta que vine a asilarme aquí. Carcomido el cuerpo y desbaratada mi alma... *(Una gruesa lágrima resbala, lenta, por su faz, a la vez que su cuerpo se agita por la tos. Más tranquilo, prosigue:)* Mi nombre lo cambié; no quise que el mundo sepá que su autor favorito, su poeta, fuera mísero en la blanca cama de un Hospital. Un momento vacilé. Os iba a confiar mi nombre, pero no pude. No es que desconfié de vuestra lealtad, amigo, sino que la vida gastada como la mía deja en los labios' como agrio sabor, la fría experiencia. Y por esto temí, que un día lejano a mi muerte, vos, por olvido, contéis mi historia. Entonces se habría desmoronado el honrado pedestal de mi gloria a mi nombre sufriría el latigazo del ridículo. Ya que para mí, un genio que llega a deprabarse no merece la inmortalidad de su Nombre estampado en la inmortalidad de su Obra. Por eso, quiero no manchar lo sano de ella y os oculto, a pesar mío, mi propio nombre, rogándoos con la súplica de quien se siente morir, hagáis pasar mi supuesto nombre como propio para asuntos de Ley. ¿Lo queréis, doctor?

EL DOCTOR.—(*bastante intrigado*).

Pasaré como indiferente, guardando vuestro secreto, si llegare ese momento, tan sólo por la viva simpatía que vuestra desventura ha despertado en mi corazón y, en recuerdo de mi hijo.

EL ENERMO.—(*recostándose*).

Gracias, doctor, por vuestra bondad para conmigo. (*insinuante*). ¿Podréis, si no corréis prisa, contarme la historia de vuestro hijo, que parece os entristece mucho su recordación?

EL DOCTOR.—(*impresionado*).

Es una historia muy triste, amigo, y que sólo es tan hondamente dolorosa para su familia, pues, qué sinnúmero de casos iguales suceden en el mundo. Yo, me veis, estoy en la edad que declina: tuve, como vos, un sólo hijo. Mi esposa vive para mi fortuna, y es la que alegre con su cariño mi existencia; pues, si nó, amigo, esta vida no sería llevadera.

EL ENFERMO.—(*interrumpiéndole*):

Veis, por eso, yo que estoy solo en el mundo y con la conciencia que me aturde, cómo siento el peso de la vida...

EL DOCTOR.—(*sin preocuparse y solo con su pensamiento*).

Nuestro hijo, iniciado también en la literatura, frecuentó cafés, y relacionado con la compañía de bohemios sin vergüenza, llegó hasta los cabarets, en donde le esperaba la muerte. (*continúa emocionado*). Una noche, cuyo horrible recuerdo no se borra de mi mente, de once a doce, poco más o menos, una llamada fuerte sobresalta el silencio de mi casa. Salto del lecho y con una an-

F O N T A N A

siedad que oprimía fuerte a mi corazón, fiel anunciador de la desgracia, me asomo al balcón. ¡La impresión fué tan tremenda! Un policía llamaba a mi puerta: el autobús de la Cruz Roja delante de la casa y dentro de aquel, el cuerpo inanimado de mi hijo. ¡Oh! (*solloza un momento*).

ESCENA DECIMA

Un silencio triste reina en el cuarto. El médico, inclinada su blanca cabeza entre las manos solloza aún. El enfermo le mira consternado, y extiende su mano escuálida como para consolarle.

(*Dichos y la hermana*)

LA HERMANA.—(*Entrando con el almuerzo del enfermo*).

¿Es hora ya de que almuerce el enfermo, doctor?

EL DOCTOR.—(*sobreponiéndose*).

Si, verdad, nos hemos extralimitado en el tiempo: van a dar las doce. (*levantándose y aparte, como un desahogo*). ¡Qué grato es confiar a un corazón sincero las tormentas del alma!

LA HERMANA.—(*al enfermo*).

¿Vais un poco mejor, hermano?

EL ENFERMO.—(*con un gesto ambiguo*).

Así no más, hermanita, siempre siento que se desprende, aunque muy lentamente la vida.

EL DOCTOR.—(*al enfermo*).

Vos estáis mejor amigo. No me había equivocado al suplicaros que me contéis vuestra historia, que os pesaba tanto en vuestro espíritu. Es

dulce confiar la pena cuando se encuentra alguien que sea verdaderamente desinteresado. Yo os agradezco por eso ya que mutuamente nos hemos aliviado. Vos, sentiréis, a igual de mí, una tranquilidad en el corazón, como si una mano caritativa nos hubiera aligerado el peso de nuestro dolor. Almorzad, seguid tranquilo. Ya tendremos tiempo para apartarnos de la monotonía de las horas, dejando comunicarse nuestras almas en paréntesis confidencial.

EL ENFERMO.—Gracias, doctor. Me siento siquiera tranquilo, aunque no bien de esta enfermedad que me va carcomiendo la vida. Os debo a vos y a esta santa hermanita la dulce tranquilidad de esta eterna agonía. (*tose*). Estoy inmensamente agradecido de vuestra bondad. He vaciado todo lo malo que llenara la copa de mi existencia: os he abierto las puertas de mi corazón: os he confesado el pecado terrible de mi mocedad: en fin, habéis sido el depositario de esta angustia interior. Os he hecho mi confesor espiritual. Estoy conforme con mi destino: la muerte no me asusta; ya puede venir. (*tose*).—Así mismo, me habéis favorecido con el relato de la parte triste de vuestra existencia: no sabéis hasta donde os agradezco. ¡Qué dulce se va haciendo esta agonía.

EL DOCTOR.—(*inclinándose ligeramente*).
Hasta pronto, amigo. (*sale*).

ESCENA DECIMA PRIMERA

(Dichos, menos el Médico)

EL ENFERMO.—*(terminando de comer su dieta)*.

¡Qué excelente es el doctor Vial!—Deploro no haberlo conocido antes, cuando yo era otro hombre. Almas así, dulce hermana, en hombres, especialmente, es tan difícil de encontrar. Felicitaos de tenerle como Jefe de esta Casa Benéfica. Con sus cuidados y con vuestra solícita atención debe ser qué dulce aún la muerte misma...—Y, ahora, Hermanita, que estamos a solas, ¿no podríais contarme el por qué de vuestra impresión cuando os hube contado de mi matrimonio?

LA HERMANA.—*(disimulando su turbación)*.

¿Por qué? Es muy sencillo, hermano. Pensad que nosotras, al ingresar a esta noble Institución, aportamos toda la dulzura de que son capaces nuestras almas. Sacrificamos todo lo que de hermoso tiene el mundo. Y utilizamos nuestras manos para restañar las heridas, nuestros labios para prodigar consuelos a los desventurados y rezar oraciones que perfumen esas almas tristes. nuestros ojos nos ayudan para sembrar esperanzas: y, en fin, estamos ungidas por el don cristiano de la Caridad. Por eso me fue tan cruel oír de vuestros labios la desfloración de la última es-

peranza que con ardor abrigaría esa desgraciada. Nosotras tenemos la misión de llevar a todas las almas que necesitaren, toda la bienaventuranza que nos sea posible. Sufrimos cuando de nuestro alcance fuga la felicidad.—¿Qué alegría ver que vos, sano de cuerpo y de alma, corréis en busca de élla para seguir siendo bueno a su lado? Ya que vuestro sincero arrepentimiento merece el perdón de Dios y de élla, así como también el mío, porque también soy mujer...

EL ENFERMO.—¡Qué amarga es la vida y qué pocas son las almas que la comprenden!

LA HERMANA.—(aprovechando este rato de tranquilidad en que parece se sume el enfermo).

Oid, hermano, tengo una noticia para vos. No he querido avisaros pero se me ha obligado a ello.

EL ENFERMO.—(agitado).

¿Qué es eso, hermana. Alguien ha preguntado por mí?

LA HERMANA.—(como arrepentida).

En efecto, hermano, eso era lo que tenía que comunicaros.

EL ENFERMO.—(tosiendo mucho).

Me lo temía. Debe ser élla. Sí, la ingrata. Ella, la que no hubiera querido que sepa donde yazgo. ¡Infame! todavía querrá hincar sus uñas de bailarina, en este pedazo de corazón que me queda! (a la hermana). ¿La visteis vos, hermanita?

LA HERMANA.—(con gesto despectivo).

No quise verla. La Hermana Portera me dió el recado dejado por élla. No ha preguntado

directamente por vos, sino por un tuberculoso ingresado en este Asilo en la segunda semana de este mes, añadiendo vuestras señas particulares.—Dice la Hermana Portera que es una mujer de una belleza suma, que gasta un tren de lujo que pasma: que la vió descender de un precioso automóvil que conducía élla misma. Ha dejado esta tarjeta para vos, anunciando para esta tarde su segunda visita. (*entrega la tarjeta*).

EL ENFERMO.—(*trastornado*).

¡La misma!... ¿Para qué su tarjeta? Me basta con el perfume que de élla se desprende, es su preferido. ¡Ah Julia! perversa, maligna. Aún no te cansas de perseguirme y de martirizarme hasta cuando voy o morir. ¡Dios mío! (*sufre un acceso de tos; algo calmado prosigue*). Yo que creí terminar mi vida consolado por el recuerdo de mi amada única y, asomado a vuestros ojos, hermana, dedicarle el último estremecimiento de mi ser para que, telepáticamente, sienta élla como un temblor de besos que se durmieran tímidos sobre sus labios puros. Me horroriza el pensar que debo dormir para siempre delante de la sonrisa irónica de su boca impecable que volverá siniestra su belleza suma. ¡Hermana, si vuelve, que no entre! Nó, no quiero llevarme a la tumba el mismo tormento que me mató en vida... ¡Amparadme, hermanita!—Yo quiero vuestro mirar y el eco de vuestra voz llevarme encerrados, como en un caracol marino, hasta más allá de mis sentidos. (*tose*). Luego, (*intrigado*). ¿Sabréis, hermanita, que tengo una honda preocupación:

el por qué supo Julia el lugar en donde toqué la puerta pidiendo caridad? Mucho menos, si ella sigue triunfando en el alto mundo que es hecho de artificio y que oculta sus fechorías con el oro explotado a los indigentes o haciendo estallar el látigo en las espaldas de los infelices? Digo, que si élla ha sabido de mi Asilo, en la certidumbre de que nunca se preocupó de mí, ha debido ser por la publicidad de la prensa, poseedora de mi secreto. Ya que a esa gente chic le falta tiempo para absorber champagne, sin preocuparse de la clase infeliz, ni mucho menos, de la caridad.—Como mi nombre estuvo por mucho tiempo escrito en ese libro, el repórter que haya descubierto mi incógnito, habrá llenado varias columnas con el relato de mi historia. Y élla se molesta en venir por el qué dirán de las gentes de su casta. ¡Su visita es una hipocresía y su presencia es un insulto...! *(tose fuertemente)*.

LA HERMANA.—El solo retrato que de élla me habéis hecho, me basta para prodigarle toda la compasión que merece esa desgraciada. Porque su ruin comportamiento, su maldad inmensa le privan del perdón.—Haré lo que me sea posible para impedir su visita. *(toma lo que llevara para el enfermo y sale)*.

ESCENA DECIMA SEGUNDA

*(Dichos y el médico)*EL DOCTOR.—*(entra alegre y comunicativo)*.

EL ENFERMO.—Buenas tardes, doctor, ¿qué tal? Os esperaba con impaciencia. Necesito de la ayuda de vuestra clara inteligencia, de vuestro corazón de padre y de vuestra bondad para conmigo.

EL DOCTOR.—*(extrañado)*.¿Qué es ello, amigo?, en lo que me consideréis útil. Pero, ante todo, ¿cómo va vuestro estado?, ¿cómo os sentís?... Un poco mejor, verdad? *(le ausculta los pulmones y el corazón)*.

EL ENFERMO.—¡Ah!, doctor, que de eso ni me lo preguntéis, lo mismo que lo mismo y, de repente, un poquito peor.—Os esperaba, amigo para satisfacer una curiosidad que no es nada halagadora para mí, por cierto. Supongo que vos estaréis al corriente de cuanto pasa en esta Santa Casa?

EL DOCTOR.—Nada, absolutamente; pues, de lo que os dejé, hice la visita a la Sala de niños y luego me tiré a mi apartamento para almorzar. Y aquí me tenéis de vuelta. No he visto ni he hablado con nadie. La hermana Teresa, cuando yo entraba, se alejaba por las galerías. Me intrigáis con vuestra pregunta y estoy a vuestras órdenes.

EL ENFERMO.—(*inquieto*).

Sabréis, doctor, que todo el secreto que su-
plicante os pedí que lo guardéis ha sido descubier-
to. Mi nombre sin temor a equivocarme, llena
ahora, toda la gacetilla de los periódicos. Mi es-
posa ha venido a preguntar por mí: ¡estoy descu-
bierto!

EL DOCTOR.—(*azorado*).

Francamente, no he sabido nada. Sin embar-
go no hay que tomar las cosas por su lado peor y
dejarse llevar por la primera impresión. Siempre
estos actos impulsivos no traen buenas consecuen-
cias. En vuestro caso veo dos cosas distintas y
oscuras: Primera: la visita de vuestra esposa que
os fué tan mala e infiel. Segunda: el temor, con
visos de certidumbre, que dáis a la publicidad de
vuestro nombre.

EL ENFERMO.—Yo, al contrario de vos, las
veo claramente. A la hermana Teresa le he ex-
plicado la base de mis razonamientos, de donde
he deducido, poco a poco, lo que ha pasado. Sólo
tropiezo con un punto oscuro, que es lo que necesi-
taba que lo aclaréis, doctor. (*tose fuertemente*).
—Fijaos un momento y os convencerá mi racioci-
nio.—La mujer que se ha acercado a la portería
ha sido de una gran belleza y con un lujo princi-
pezco. La tarjeta dejada por élla me recuerda su
perfume predilecto. No he leído aún su nombre,
pero no temo equivocarme, debe ser Julia. (*diri-
giéndose al médico*). Si gustáis cercioraros allí
en esa mesita está la tarjeta.

EL DOCTOR.—(*entre nervioso y curioso toma
la tarjeta y esclama*).

Aquí dice Julia Taylor.
EL ENFERMO.—(*tosiendo*).

Lo esperaba. Bien: élla que labró mi desgracia por su descabellada pasión por el lujo y su desorbitante ambición, no ha fracasado por su enorme belleza. Ahora bien, una persona como élla no tiene por qué malgastar su tiempo visitando la lacería humana. Esto me ha llevado a deducir lo siguiente: nunca pudo llegar al conocimiento de Julia mi presencia en este Asilo a no ser por la divulgación de la prensa: ya que como yo he pasado gran parte de mi vida dedicado a esas labores, mi nombre es suficientemente conocido, y no tardará mucho, si mis sospechas se confirman, en tener una verdadera lluvia de repórteres. (*tose y tomando unos gránulos de cocaína, prosigue*). Tenemos que es Julia la que vino hoy demañana y que supo mi Asilo por la divulgación de la prensa. Bien, y ¿cómo supo la prensa estos detalles? He aquí el punto oscuro que suspende el curso de mi razonamiento. Para esto os esperaba, doctor, pues tengo una idea.

EL DOCTOR.—(*interrumpiéndole*).

¿Cuál es élla?

EL ENFERMO.—Es la de pediros me pongáis al corriente de cómo se elevan los Informes a la Junta de Sanidad; pues, supongo que vos seréis quien los redacte, ¿verdad?

EL DOCTOR.—(*perplejo*).

Evidente, amigo. Hace apenas dos días de lo que elevé el último, y en él precisamente os nombraba. Lo que no me explico es que os ha-

yan reconocido en un tuberculoso cuyo nombre difería del vuestro.

EL ENFERMO.—(después de toser).

Mirad, doctor. En vuestro informe emitisteis detalles de mi persona?

EL DOCTOR.—Justamente, es de Ley. (luego desolado). ¡Cómo yo no sabía nada de vuestra historia! ¿Podéis perdonar esta indiscreción? Sin embargo, me resisto a creer que os hayan identificado; pues, ¿y el nombre supuesto?

EL ENFERMO.—Allí estriba todo. Cometí una torpeza loca al cambiar de nombre. No se me vino a la memoria ninguno que fuere completamente indiferente y me inscribí en el Registro con el de Luis Champ, que fue seudónimo mío cuan escribí crónicas veraniegas.—La malicia de las gentes, ese afán infinito de preocuparse de las vidas ajenas con el único fin de murmurar y, sobre todo, el continuo husmear de los pobres repórteres a caza de noticias más o menos trascendentales, para poder cobrar unos céntimos de salario, He ahí descubierto el enigma. ¡Repórteres! ¡Presiento que vendran a invadir esta Sala! (se pone nervioso). ¡Por favor, doctor, contenedlos!

EL DOCTOR.—(sonriente).

Despreocupad vuestra imaginación de esos temores ya que la entrada aquí tan sólo le es dable a quien obtiene de vos vuestra aquiescencia.—Y, ahora, que según vuestra suposición, estáis descubierto no podríais llenar el vacío dejado en vuestro relato. Quiero obtener de vuestros labios vuestro propio nombre. ¿Cómo os llamáis?

EL ENFERMO.—(*incorporándose*).

Tal es la confianza que tengo en mi aseveración que no encuentro motivo alguno que me impida deciros mi propio nombre. Me llamo: Julio Fair.

EL DOCTOR.—(*sorprendido*).

¡Oh! ¿Será posible. Dios mío, que un hombre como él se encuentre en esta situación? (*queda perplejo*).

EL ENFERMO.—(*agitado, tosiendo mucho*).

¿De qué os asombráis? Yo tuve todo lo que cualquier mortal hubiere deseado. Me creí completo. Sin embargo, como véis, esta situación es tan sólo la obra de una mala mujer.—¡Oh, una mala mujer, amigo doctor, es capaz de las más horribles catástrofes! ¡Infeliz, del que le albergue bajo su techo! Y, por el contrario, qué felicidad, qué sublime encanto debe ser el transitar por la vida, risueño y emocionado, llevando con orgullo sobre el corazón el cariño sin interés de una mujercita todo solicitud y amor. Este es el tesoro colocado por Dios para que lo recoja la mano experta del hombre feliz. El se encuentra diseminado en todos los hogares: tanto en los altos como en los humildes: entre los ricos y entre los pobres. Ya que en todos ellos entra, igualmente, la Vida y la Muerte, la Virtud y la Maldad. (*ligera interrupción por un acceso de tos*).

(*Se oye el eco de pisadas que se aproximan*).

ESCENA DECIMA TERCERA

(*Dichos y la hermana Teresa*)

LA HERMANA.—(*entra agitada*)

Hermano, varias personas preguntan por vos. Aquí tenéis sus tarjetas. (*indica algunas que trae en la mano*). Esperan vuestro consentimiento para entrar.

EL ENFERMO.—(*al médico*).

¿Podrías, amable doctor, leerme los nombres de esas tarjetas?

EL DOCTOR.—(*tomándolas de manos de la hermana*).

Con placer, Maestro.

EL ENFERMO.—(*sorprendido*).

¿He, qué es ese trato, doctor?

EL DOCTOR.—(*reverencioso*).

Escuchad: "Repórter del Fígaro", del "Globo", del "Mundo", del...

EL ENFERMO.—(*le interrumpe con desagrado*).

¡Uf!, basta, doctor, basta...—¿Habéis quedado convencido de mi aseveración? (*dirigiéndose a la hermana*). Decidles, hermanita, que el famoso poeta Julio Fair no se encuentra en este Asilo, víctima de la tuberculosis, sino Luis Champ, que, a pesar de uno que otro parecido con el gran poeta, es tan sólo un pobre mortal. Y que, por lo grave de su estado, no le es posible honrarse con sus visitas. (*tose y toma un paleativo para su dolencia*).

LA HERMANA.—Está bien, hermano. (*sale*).

ESCENA DECIMA CUARTA

(Dichos, menos la hermana)

EL DOCTOR.—¡Qué simplemente habéis despachado a esa gente!

EL ENFERMO.—Es tan sencillo, doctor, desprenderse de esa farsa mundana, que a cuántos cerebros les trastorna y que a mí me fastidia, por la simple razón de que conozco su artificio hipócrita... *(abstraído y aparte)*. ¡Qué bello es olvidar todo lo que nos rodea y entornar los párpados a la recordación azul. *(queda unos momentos pensativo y luego volviéndose al doctor)*. Otra idea funesta, amigo.

EL DOCTOR.—¿Cuál es élla, amigo?

EL ENFERMO.—El que me va a ser imposible rechazar la visita de Julia, únicamente, por curiosidad. Quiero ver qué persigue, porque indudablemente debe perseguir algo. Doctor, si regresa, como ha ofrecido, dejadla pasar. No puedo negar su visita, al fin es mi esposa. *(queda muy decaído)*.

EL DOCTOR.—Tenéis razón: la generosidad nunca está por demás. ¿A qué hora esperáis su visita?

EL ENFERMO.—La hora que destinaba para esta clase de cumplidos era de 5 a 6. ¿Qué hora tenéis?

HUGO LARREA ANDRADE

EL DOCTOR.—(*consultando el reloj*).

Las 4 y 45.

EL ENFERMO.—¡Dios mío!, dadme valor para sobreponerme en esta mil veces cruel entrevista. (*dirigiéndose al doctor*). Dr. Vial, noble amigo, un último favor. No podré soportar esta entrevista, ayudadme. Quiero que me inyectéis morfina. Por favor, nadie sabrá, hacedlo por mí.

EL DOCTOR.—Hasta donde me lleva el cariño que os tengo, señor Fair. No puedo negarme a lo que me pidáis. Y, sobre todo, no es ningún crimen para mí. Vos estáis bastante grave. ¿Por qué no daros un alivio artificial? Vuelvo con la ampolla. Esperad. (*sale*).

EL ENFERMO.—Gracias, noble amigo.

(*Pasan breves minutos. Se oye la tos del enfermo*).

EL DOCTOR.—(*entrando*).

Pronto, amigo. (*prepara la jeringuilla e inyecta el líquido, divino y torturante, en el brazo del enfermo*).

ESCENA DECIMA QUINTA

(*Dichos y la hermana*)

LA HERMANA.—(*entrando visiblemente preocupada y triste*).

Un lujoso automóvil acaba de detenerse ante la puerta: una mujer elegante ha descendido de él. Debe ser ella que cumple su oferta. (*dirigiéndose al enfermo*). ¿Consentís su visita?

EL ENFERMO.—(*dulcemente a la hermana*).

F O N T A N A

Si, hermanita, es mi esposa, dejadla pasar.

(Sale la hermana).

EL DOCTOR.—*(colocando en orden las sillas).*

Si tenéis mucha tos, tomad estas obleas. *(presenta una cajita)* en cada acceso. Procurad manteneros tranquilo; yo estaré atento a la primera llamada para acudir si es preciso. Calma, mucha calma, amigo maestro...Hasta pronto. *(sale).*

ESCENA DECIMA SEXTA

(El enfermo, la hermana y Julia Taylor)

JULIA.—*(entra acompañada por la hermana Teresa, que inicia, tan pronto como se halla en escena, un movimiento como para salir.—Julia fingiendo emoción).*

¡Julio, Julio mío! *(se acerca al lecho).*

EL ENFERMO.—*(haciendo un gesto con la mano, como para detenerla e indicándole una silla).*

Sentaos, amiga. Un gran placer me causa vuestra visita y ardo en deseos de saber el por qué de élla y qué motivos os ha traído a este lugar triste. *(dirigiéndose a la hermana que comienza a retirarse).* Quedaos, hermana Teresa, acompañadme. Me es tan grata vuestra presencia.

(La hermana Teresa se vuelve y tomando una silla se sime en sí misma como si murmurara una oración).

JULIA.—*(dejando escapar una aguda mirada de descontento por la presencia de la hermana y tomando asiento).*

He venido por tí, Julio, porque quiero favorecerte. Evitar que te consumas de una manera

tan pobre y mezquina para tí. Supe el lugar en el que te encontrabas por los elogiosos artículos que todos los Diarios te prodigan. Y creí que no tardarían en venir a visitarte los famosos Empresarios, tus antiguos amigos. Resolví venir a verte para conseguir de tí el que salgas a otro lugar más digno de tu nombre: una clínica, un sanatorio, etc.

EL ENFERMO.—(*sonriente*).

Oh, gracias, mil gracias. ¡Qué generosidad!

JULIA.—(*irritada*).

Mira: no es generosidad ni he venido a servirme de burla. Traigo el dinero suficiente para trasladarte a otro lugar. Además, mi sedán está a la puerta. Resuélvete, que me haces un gran favor a igual del que te lo prodigas.

EL ENFERMO.—(*con risa irónica*).

¿Se puede saber, hermosa amiga, qué bien puede prestaros este pobre pecador que tiene al arrancarse el hilo de su existencia? Pues, debéis saber que ya no le resta ni siquiera un céntimo para poder dejaros en pago de tanta generosidad.

JULIA.—(*indignada y roja de ira*).

No me hace falta nada de tí, demasiado tengo con tu nombre. Si no fuera por la necesidad que tengo de que salgas de este mísero Hospital, dejaría que se consuma tu carroña, librándome del ridículo y la vergüenza que me has legado. Tú, bien me conoces, así es que ¿para qué te haces el niño? (*imperiosa*) Vamos...

EL ENFERMO.—(*disimulando la cólera*).

Fíjate: de que tuve noticia de tu venida, imaginé que necesitarías de algo que te conviniese; pues, si nó ¿a qué acordarse de mí? No me coge

de nuevo nada, tigresa, sé lo que eres. Te recibí para entretener estos minutos de vida que me restan, haciéndote arrojar una parte siquiera del veneno que ocultan tus molares. ¡Mujer víbora!

JULIA.—(*levantándose*).

Te prohibo que me insultes, ¡canalla!

LA HERMANA.—(*intercediendo*).

Perdonad, señora, os supliqué que os calméis. Considerad la gravedad del enfermo; no os exaltéis, pudiera ser que delire.

JULIA.—(*tranquilizándose, arregla unos rizos que han caído sobre la albura de su frente*).

Dispensad, hermana.

EL ENFERMO.—(*a la hermana*).

Vuestra bondad sin límites, hermanita, hará que perdonéis a estos pecadores. Esta explicación y esta hora debían de llegar. Confiado en vuestra caridad os supliqué que os quedéis. (*tose*).

JULIA.—(*altanera*).

Debes salir de aquí, hoy mismo. Yo no pierdo el tiempo. Todos mis actos van encaminados a conseguir su fin y siempre consigo lo que me propongo.

EL ENFERMO.—(*interrumpiéndole*).

Siento mucho, hermosa, el tener que desechar una invitación de una espléndida Dama como vos. (*irónico*). Pero ¿no veis en el estado que estoy y que mi cuerpo no permitirá ningún desliz?

JULIA.—(*enrojeciendo*).

Déjate de burlas; hablemos en serio y, concretando el caso, dadme tu resolución. Aquí está el dinero, (*enseña su cartera*). ¿Verdad, Julio, que sales conmigo? (*mimosa*).

EL ENFERMO.—(*tercamente*).

Nunca, Julia.—Voy a hablarte en serio, escúchame: ya me había imaginado que las mujeres como tú son tan sinvergüenzamente atrevidas, pero no hasta el extremo al que has llegado, Julia. Fuiste lo más monstruosamente mala para conmigo. Pero, ¿a qué recordar lo que tú mismo bien lo sabes? Ahora vienes a presentarte con tu dinero, mancillando los minutos más sagrados de la vida de un hombre, lo grandioso de su agonía. Insultas con tu grosería y lo pedante de tus palabras a esta Santa Casa de caridad. Vienes a profanar con tu presencia de mujer galante el recogimiento piadoso de este Asilo, sólo por el egoísmo de tu orgullo. (*tose*).

JULIA.—(*roja de ira*).

¡Calla, basta, o te extrangulo!

EL ENFERMO.—(*deteniendo con un gesto a la hermana que hace ademanes como para intervenir*).

No te molestes tanto, ya callaré para siempre. Pero, ante todo, óyeme: debes conocer mi secreto. Ahora, delante de mi vida que se mustia, donde será impotente tu maldad. (*un acceso de tos, toma una oblea dejada por el médico*).—Tú, hermosa Julia, llevas pendiente de tu corazón muchos pecados graves, crímenes de toda mujer chic. Yo, dejo en mi camino un gran crimen y un gran arrepentimiento. Junto a mis huellas de peregrino de arte crece roja la rosa de mi crimen, mientras en mi interior siento como un alivio todo mi arrepentimiento. Mi crimen es el haber engañado a la única mujer digna de mi corazón, abando-

nándole, con el palpitante de una vida en sus entrañas... Mi arrepentimiento es el haberme casado contigo. En mi mente que ya se va apagando sólo vive la imagen de la única mía, de mi amada lejana. Tú me eres indiferente, te perdono todo el mal que me has hecho. (*se reclina agotado tosiendo mucho*).

JULIA.—(*herida en su orgullo*).

¡Imbécil, siempre imbécil! (*vuélvese como para salir*).

EL ENFERMO.—(*a la hermana*).

Hermanita Teresa, venid vos a mi lado. Vos que sois la imagen de mi inolvidable amada, que con su recuerdo me obsesiona. Venid, quiero llevarme el fondo de vuestras palabras y asomarme a vuestros ojos para siempre jamás...

LA HERMANA.—(*acercándose trémula*).

¡Oh! qué amarga es la vida y qué pocas son las almas que la comprenden...!

(*Se acerca al lecho, toma las manos del enfermo, las acaricia. Y, de pronto, presa de un sacudimiento, heroicamente contenido antes, quita con sus manitos, unguidas de gracia, la blanca castidad de su toca, dejando escapar sobre sus hombros una lluvia de rizos de oro. Se arrodilla y, unciosamente, besa la boca mustia del enfermo*).

JULIA.—(*volviéndose de la puerta como para decir algo, sorprende el beso. Y, fuera de sí exclama*):

¡Infamia, Sacrilegio, Horror! (*sale dando gritos*).

EL ENFERMO.—(*agónico*).

¡Oh, eres la misma, amor mío...!

ESCENA DECIMA SEPTIMA

(El enfermo, la hermana, Julia, el Doctor y el Practicante de Medicina).

Un ruido sordo como de pisadas que se aproximan, rompe el sublime encanto en donde el beso fué como una quemadura.

(Entran acompañando a Julia, el médico y el estudiante y varias moniitas que azoradas se agrupan a la puerta sin atreverse a entrar).

JULIA.—*(pálida de rabia).*

¡Mirad a la infame! ¡Vedla deshonorando el hábito que lleva e insultando al Señor!—Habéis tenido en este Asilo a la cortesana de la más baja especie ocultada, hipócrita, bajo el sagrado manto cristiano. ¡Sacrílega!

LA HERMANA TERESA.—*(incorporándose pálida y altiva, se yergue como una aparición).*

Hermanos: ved en mí no la clase de mujer que esta señora os ha trazado; sino a la mujer desgraciada que, en un momento de inocencia, perdió la virginidad de su cuerpo, pero que mantuvo muy en alto la blanca dignidad de su alma. Oídme, por favor. Soy yo, la provinciana, cuyo abandono constituye el pecado del enfermo que aquí veis. Yo soy la madre de su hijo. Yo soy la que ha sacrificado todo el fuego que devoraba su corazón quinceañero y, hasta llegó a separarse de su hijo, dejándole al cuidado de su santa madre para ingresar en esta Comunidad.—Yo no soy infame, no deshonor el hábito que llevo ni me-

nos insulto al Señor, porque creo que el Altísimo gusta de las ofrendas de almas limpias y blancas y oye las plegarias del desventurado que tiene sano el corazón. Recordad el caso de una Santa que inmoló su cuerpo para poder ofrecer, en sacrificio, su alma al Señor. No creáis que yo me compare con élla, nó; pero, como élla, creo merecer el perdón de Dios.—Renuncié al mundo, sacrificué mi vida y mis manos han ungido muchas heridas; mis ojos han brindado esperanzas a los desgraciados y toda mi alma, blanca de cariño, la ha tenido el Señor en mis oraciones ¿Por eso soy indigna? Declaro lo que soy; no me arrepiento de nada, porque nada malo he cometido. No soy hipócrita, porque no he tapado la gran falta con oro y con risas, sino con el sacrificio. Tampoco soy malvada, porque a mi hijo no lo arrojé en brazos de nodrizas mercenarias, para no acordarme más de él y seguir triunfando por sobre la admiración perversa de hombres galantes, como tantas mujeres que se las cree inmaculadas.—A mi hijo, cuando murió mi madre. (*su voz se le empaña por la pena*) logré traerlo a mi lado. El pobrecito no me ha conocido como madre; he sido para él, como para todos, la hermana Teresa. (*dirigiéndose al estudiante de medicina*). ¡Raúl, el día en que conozcas a tus padres ha llegado. (*señalando al enfermo*). Besa la mano de tu padre hijo de mi alma...!

RAUL.—(*lloroso se lanza*).

¡Padre mío! (*de rodillas besa la mano del enfermo*). ¡Oh, yo que me creía sólo en el mun-

do...! (llora).

(El médico, perplejo, no puede articular palabra. Julia, desesperada, vuélvese para salir. Las monjas, desde afuera, enjúganse lágrimas furtivas. Se oye la ahuecada tos del enfermo).

LA HERMANA,—(inclinándose hasta besar la frente del enfermo).

¡Julio!, ved a tu hijo; ved a quien la abandonaste con el perdón a flor de labios. ¡Oh, qué feliz soy, Dios mío!

EL ENFERMO.—(entreabriendo los ojos).

¡Amada mía, hijo mío! Siento que se me va la vida, ahora, en este único minuto de felicidad. ¡Me muero!

EL MEDICO.—(se acerca ansioso y le toma el pulso).

EL ENFERMO.—(con un último resplandor de vida).

!!!Qué cansada y amarga es la Vida

y qué dulce y tranquila la Muerte!!!

(espira).

EL DOCTOR.—(con gesto doloroso).

¡Se acabó, pobre amigo, y qué hombre...! (solloza).

(La hermana Teresa y Raúl Fair se abrazan y, sollozando, caen delante del cadáver que guarda aún la sombra augusta del Poeta).

TELON

DIGNIDAD Y POBREZA

"El clamor de los indigentes
estorba y molesta a los que
se hallan hartos".

Drama en dos Actos y en Prosa

PERSONAJES:

Acto Primero

Don Andrés, viejo soldado, roído por las reumas.

Doña Marta, esposa de don Andrés.

María, muchacha obrera, hija de don Andrés y doña Marta.

Roberto, niño huérfano de doce años.

Carlos, Teniente de Caballería.

Antonio, labriego, robusto y bonachón.

Acto Segundo

Don Andrés, María, Carlos, doña Antonieta madre de Carlos.

Lidia, muchacha elegante, hermana de Carlos.

Un Policía.

ACTO PRIMERO

ESCENARIO:

Una habitación de casa pobre. Dos o tres lechos dispuestos con gusto. Una mesa situada frente a la puerta de entrada. En uno de los extremos un braceró, que hace veces de hornilla. Un bancón colocado en un lado; un sillón de estilo antiguo: dos o tres sillas. En un ángulo varios utensilios de uso doméstico que penden, relucientes, de una estera prendida en la pared. A la izquierda del escenario se encuentra la puerta de entrada y, en el fondo, una ventana que deja pasar la luz tamizada por unos velillos que cuelgan, blancos, de ella.—Un libro viejo y desvencijado sobre la mesa.—Sin embargo, esta humilde habitación nos da la idea de que las personas que la habitan están caídas en desgracia.

La acción se desarrolla en un día limpio y claro.

ESCENA PRIMERA

(Don Andrés y Doña Marta)

DON ANDRES.—(*volviéndose hacia la puerta*).

Creí que era María que regresaba. ¡Cuán impaciente estoy, ¡Dios mío! ¡Ah, qué maldición la de estas reumas que me postran!—Siento frío a pesar de que este día está tan claro y el sol tan ardiente. Ya este frío debe ser, Marta, el que llevo en el alma al pensar en mi hija que estará en el obraje como cualquier muchacha, quizás tenida como mala... Pobrecita. Pero, oyes, ¿no es hora ya de que regrese?

DOÑA MARTA.—(*que se halla con una labor en las manos y dando un suspiro*).

Ay, hijo de mi alma, la pobrecita habrá tenido que aumentar su tarea; pues, al irse notó que ya no había leña, ni un mendrugó de pan, ni un vaso de leche para tí. Qué impaciencia no tendrá al pensar que pasa ya la hora de nuestro desayuno y que, necesariamente, tenemos que esperarla para poder llevar algo a la boca. ¡Ah! (*se queda confusa*).

DON ANDRES.—Yo que creía que los múltiples esfuerzos desplegados en toda mi vida debían ser bien remunerados, me veo en la miseria, exponiendo a mi hija a un sinnúmero de peligros y de fatigas, para poder aún vivir, para poder sostener

este pedazo de vida que nos resta. Soy viejo, no puedo moverme. Y, pensar que un día sentí el vértigo de la altura y la caricia de la gloria, por la pujanza de mis músculos en tantas cruentas batallas (*dulcificando la voz*) mientras tú te mantenías llorando en esta aldea ante la dura alternativa de mi vida o mi muerte, sintiendo en las entrañas el palpitar de una nueva existencia. Cuántas veces me trajeron sangrante de mis heridas (*emocionado*) que tú sola, sola tú, las sabías restañar. Y ahora (*enérgico*) tan sólo me queda: este retazo de capa vieja, esta pipa, tan vetusta como yo y la horrible laceria de mis heridas (*de sucesivas bocanadas de humo y se queda meditativo*).

DOÑA MARTA.—(*colocándose un par de anteojos*).

Y pensar que para ser una carga hemos quedado: sabiendo que la bondad y el cariño de nuestra hija nos sostiene. (*llorosa*). Ella, mi María, que hace de sus padres los ídolos de su corazón. Quizás la recompensa que nos negó la ingratitud humana nos la dió el Creador poniendo en mis entrañas el más dulce de los consuelos, mientras tú te batías olvidando tu hogar, para enaltecer más aún la vanidad de los hombres que, escudados en falsos conceptos de Patria y de Honor, sacrifican vidas, sin que llegue a importarles ni el luto de los huérfanos ni el hambre de las familias; sino, tan sólo, la satisfacción de sus anhelos que, casi siempre, son hijos del capricho y del egoísmo.

DON ANDRES.—(*con gesto irónico*).

Calla, mi buena Marta, es mejor no recordar. Sin embargo de que, a veces, nuestras mu-

mercitas, llevadas por el amor o el dolor, dejan escapar verdades que son amargas, pero ciertas. (*mirando a un leño que se consume en la hornilla*). ¡Oh! cuán feliz sería si yo pudiera eclipsarme de este mundo, librándome de él y librando a mi hija de esta carga de mi existencia; (*señalando al leño*) así, de golpe, dando el último resplandor más vivo, como vivos son mi desdén y mi impotencia. Pero, pienso que quizás nos sostiene a esta vida la buenaventura que quiere que alcancemos a ver feliz a nuestra hija con su esposo y sus retoños que, teniendo nuestras flacas manos entre sus manitas rosadas, se hallen pendientes de nuestros labios en espera del cuento del Ogro o de la Caperuza. Entonces, es cuando siento que renace mi virilidad y pienso que este afán de morir es tan sólo el producto del egoísmo de encontrarnos viejos y de saber que ya no gozaremos como aquellos que vienen siguiendo nuestras huellas por este mismo camino inconfundible de la vida.

DOÑA MARTA.—Si, mi buen Andrés, no debemos desesperar. La Providencia hará que antes de morir, tengamos la felicidad de ver a nuestra María con su buen esposo que será su sostén en la vida. Nosotros que hemos vivido ya, conocemos mucho el capricho de la suerte y el desengaño que oculta cada día, cada año que viene o que se va.—Figúrate, antes, todo ante nuestro paso se inclinaba, todo lo veíamos de color de rosa. Ahora, he aquí la realidad: Pobreza. Por esto abrigo la esperanza de que María gozará en el futuro; pues, cuando nosotros estábamos en el

esplendor de la gloria, élla era muy niña. Y, ahora, su edad de amor la está pasando en el taller y en la miseria. Todo es tan paradójal en este mundo. (su voz se apaga y se queda como dormitando).

ESCENA SEGUNDA

(Dichos y María)

MARIA.—(abre la puerta y una suave tibieza le acaricia el rostro. Es de gran belleza. Una dulce ternura se desprende de sus ojos sombreados por la sedosa cortina de sus pestañas. Lleva trajecito sencillo y la naturalidad de su toilette y su limpieza le dan elegancia y gallardía. Es obrera en una casa en donde se lava y aplancha ropa, en la calle Rocafuerte N° 28, que dista escasos minutos de la aldea. Al distinguir a sus padres que se han quedado dormidos, exclama):

Pobrecitos, mis buenos viejitos; se han quedado dormidos de tanto esperarme; tendrán hambre y frío y yo lejos de aquí (de una cesta que pende de su brazo, extrae algunos comestibles. Se dirige a la mesa, la arregla, diciendo): Mi papá ha agotado su pipa, qué alegría le voy a dar cuando le diga que traigo tabaco del bueno. (se pone a tararear una canción con el objeto de despertar a sus padres).

DON ANDRES.—(volviendo de su sueño, extiende las manos hacia su hija).

¡Ah! mi buena hija. ¿Ya te hallas aquí? Si supieras qué pena he tenido de no verte regresar pronto. Dime, hija mía, ¿no te ha pasado nada?

F O N T A N A

(y sus manos retienen las de María que replica cariñosa).

MARIA.—Nó, padre mío, ¿qué puede pasar a una muchacha como yo? Bien sabes que nuestra situación hace que pasemos como pobres gentes. Pero confío en que no siempre hemos de vivir en esta estrechez. He conseguido un aumento de salario que nos brindará mayor olgura. No desesperemos. ¡Ah! si supieras que sueño he tenido...

DOÑA MARTA.—(volviendo, a su vez, del sueño, interrumpe cariñosamente a su hija).

¿Y se puede saber de ese sueño, hija mía?

MARIA.—(mira a su madre y se lanza a besarla).

Creí que aún dormíais mi viejita, ¿cómo habéis pasado?

DOÑA MARTA.—Ay hija, fastidiada con esta vejez que me priva de poder ayudarte aunque sea portando la leña.

MARIA.—(riendo).

Calla, madre mía. Levantáos que os habréis amortiguado y venid a desayunar y a estar alegres, mientras mi padre se fuma, en su pipa, tan de mal olor, un tabaco que le he traído de ese rubio y fragante, y os contaré el sueño.

(Los viejecitos se levantan trabajosamente, en tanto que María sostiene a su padre que ríe de buena gana, exclamando):

DON ANDRES.—Vaya, hija, pensar que voy a despachar el desayuno como un Príncipe ruso y a fumar en mi pipa, tan de mal olor, tabaco del bueno (riendo). ¿No te parece absurdo y paradójal, hija mía?

MARIA.—(*dejando escapar su risa cristalina*).

Lo que me parece paradójal y absurdo es que, habiendo fumado en la pipa de la gloria, tengáis, ahora, que ocultar vuestra tristeza en el destrenzamiento de ese humo negro que se escapa de la pipa del olvido. (*acomoda las sillas*).

DOÑA MARTA.—(*sentándose a la mesa*).

Lo raro es que te estás volviendo poetiza a fuerza de trabajo. (*desayunan*).

DON ANDRES.—Haber, hija, cuéntanos ese cuento que parece te ha impresionado; pues, en ocasiones, los sueños son un presentimiento de lo que nos puede acontecer! Y, sobre todo, ahora que la vida nos hincan tanto sus dientes. Entretengamos este yantar soñando con tu sueño, que a no dudarlo, deben ser de color de ilusión.

MARIA.—Vamos, despachad pronto esta cosa y, mientras termino la costura de mi falda, os contaré mi cuento aumentando un pasaje real, como epílogo, que os hará reír, llorar; qué se yo?

DON ANDRES.—Vaya, hija, te has propuesto ser misteriosa; sin embargo adivino en el fondo de tus pupilas claras que pasa algo en tí. Mira que somos viejos, que sólo los que han vivido saben lo que se encuentra a lo largo de peregrinar por este mundo. Te baste saber que la vida da la ilusión de un camino interminable por el cual nos alejamos ansiosos de llegar hasta el fin y contemplar la realidad, sin saber, pobres ilusos, que vamos siguiendo los pasos de los que nos precedieron y encontrando la misma fría y trágica realidad. Debes confiar en tus padres, en nosotros

F O N T A N A

que hemos marchado delante de tí y que creemos conocer el laberinto rojo del corazón. (*encendiendo la pipa y succionándole*). Ves, ahora, tengo la facha de un banquero que se recostara muellemente, sólo que yo he cambiado el grueso cigarro con mi negra pipa de mal olor. (*ríe*).

DOÑA MARTA.—Dios te pague por todo, hija mía.

MARIA.—(*recogiendo el servicio*).

Perdonad que no haya estado a la altura de mi deseo; pero, en fin, hemos tonificado el estómago. (*váse hacia el lecho y tomando su costura, coloca las sillas frente a la ventana, hace sentar a sus padres, los cuales aguardan el relato de su hija que, con la costura en la mano, dice*):

Es el caso, mis viejitos, que la noche última logré conciliar el sueño muy trabajosamente: multitud de absurdos pensamientos me martillaban las sienas, haciendo interminables las horas de insomnio. Pensaba en que ustedes podían vivir mejor, que la enfermedad de mi padre podía curar fácilmente con un poco de dinero: pues él es aún viril y bien podía desempeñar cualquier cargo en la Administración, que nos alejábamos de esta aldea y que vivíamos en la ciudad, en una casa modesta pero decente; en fin, millar de cosas que después me indujeron a soñar disparates. Veía a mi padre, como cuando era Jefe, lucir su porte guerrero y su brillante espada; a mi madre, admirada su belleza por la gente y yo, correspondiendo el amor de un joven oficial. Luego vino una mujer alada y me llevó de la mano por jardines in-

numerables, cruzaba avenidas diversas, entre sus manos perfumadas temblaban mis manos nerviosas. Ella me miraba tan hondamente a los ojos que llegó a alucinarme. Entonces me encontré dormida sobre un pobre jergón: a mi cabecera no os encontrábais vosotros, sino un labriego joven, recio, de una belleza bravía que desafiaba a la naturaleza. Cambia de repente la decoración y me encuentro hecha una señorita, que destrenzara su cabellera a lo largo de la brillantez de los salones, despertando ahogadas palabras de galantería. Mi belleza era admirada, discutida y disputada. Como en los antiguos tiempos venían caballeros de lejanos países a engarzar en sus corazones, inflamados de amor, la flor de mi sonrisa. Luego, me ví transportada al humilde jergón, junto al labriego. Sentí una emoción que anudaba mi garganta y desperté con sobresalto. Había amanecido y ya se oía la voz de la esquila que llamaba a misa de alba y el tragar de las gentes madrugadoras que iban al obraje.—Hasta aquí mi sueño, mis buenos viejitos. Ahora, la parte real de esta historia: impresionada fuertemente por el sueño y dándome cuenta de un pequeño retardo, fuíme presto a la lavandería. Al cruzar la primera calle de la ciudad que despertaba, tropecé con un mocetón que dirigía una carreta halada por bueyes. Me clavó una profunda mirada; entonces, sorprendida cruce, veloz, por junto a él: ¡oh! eran las facciones del labriego de mi sueño.—Toda la mañana la pasé distraída y, cuando me dirigía para acá, tropecé con

F O N T A N A

un jinete que hacía caracolear a su caballo de fina sangre. Al verme lo detuvo y me dijo unas cuantas palabras que no llegué a entender. Me siguió hasta aquí, e instintivamente volví la cabeza. Cuál no sería mi asombro, al mirar que desde la esquina opuesta me miraban los ojos del labriego. (*calló: los viejecitos se miraban impresionados. María se levanta de pronto y, tomando su sombrero, se dispone a salir, diciendo*):—Verdad que son impresionantes estas casualidades. (*advirtiendo la tristeza que se dibuja en los rostros de sus padres*). Pero ¿qué tenéis; no veis que tan sólo era un cuento para entretener estas horas vacías de trabajo y en las que pasamos muy juntos los tres? Vaya, que a mi regreso no os encuentre tristes. Adiós, viejecitos míos. (*se acerca, los besa y sale*).

DON ANDRES.—Id con Dios, hija mía; anda tranquila y vuelve pronto.

(*Doña Marta le despide con larga y profunda mirada*).

ESCENA TERCERA

(*Dichos y Roberto*)

(*Triste silencio reina en la estancia. Los viejecitos no se atreven a emitir sus pensamientos en voz alta. De pronto se abre la puerta y un grito sollozante de angustia hace estremecer el silencio y llena de sobresalto a los viejecitos que se vuelven con asombro. Entra Roberto*).

ROBERTO.—(*es un muchacho de doce años, pobremente vestido. Hijo único de una vecina que acaba de morir. Entra en escena desconsolado y llo-*

roso y va a caer de rodillas delante de don Andrés, que calla y que comprende, exclamando):

¡Piedad, oh, don Andrés para este huérfano!
¡Caridad, en nombre de Dios, para quien no tiene madre! *(llora e inclina la cabeza entre las manos que le ha extendido don Andrés).*

DON ANDRES.—*(conmovido).*

Venid, hijo mío; en nosotros tendréis siquiera el refugio de nuestros corazones, y en el diario pan que comemos lista estará vuestra parte, así como aquí habrá un sitio para el cansancio, pobrecito, ¡cuánto habréis sufrido! Habéis sido la víctima inocente de la vida y habéis hecho bien en venir aquí antes que a cualquier otra parte, a pesar de que en nuestra pobreza no encontraréis mayor comodidad; pero sí, os lo juro, el cariño de padres lo tendréis y nunca el gesto despreciable y pedante de aquellos que no conocen la vida, ni su diario luchar, que ni siquiera se imaginan lo que es la desgracia. Consolaos, hijo mío, no lloréis más.

ROBERTO.—*(alzando los ojos, agradecido y trémulo),*

Gracias, don Andrés, mi corazón no me ha engañado cuando me trajo para acá. En lo que pueda os serviré.

DOÑA MARTA.—*(se levanta y estrecha entre sus brazos al huérfano).*

Venid, venid a mis brazos, pequeño mío. Descolgad esa cesta; allí encontraréis algo que mitigue vuestra hambre hasta que llegue María! *(torna a sentarse).*

Pasan breves minutos: Roberto descuelga la cesta y mastica un pan con pedazo de queso. Los viejeci-

F O N T A N A

tos le miran compadecidos. De pronto llaman a la puerta.

ESCENA CUARTA

(*Dichos y Carlos, Teniente de Caballería*).

DON ANDRES.—Hijo mío, abrid esa puerta. (*a doña Marta*). ¿Quién podrá ser? Oyes, tengo un vago presentimiento y siento que se me alegra el corazón.

ROBERTO.—(*abriendo la puerta*).

Entrad, señor.

CARLOS.—(*desde la puerta*).

Decidme, niño, es aquí en donde habita el Coronel Andrés de la Torre?

ROBERTO.—(*sorprendido, pues no conoce el título de su protector*).

No, señor, creo que os equivocáis. Aquí vive don Andrés, nada más.

DON ANDRES.—(*alzando la voz*).

Entrad, soy yo por quien preguntáis.

CARLOS.—(*entrando: es un oficial de caballería, elegantemente vestido; lleva las presillas de Teniente. Se nota en él franqueza, valor e hidalguía*).

Mi Coronel ¡qué alegría siente mi corazón al volver a veros. Señora, a vuestros pies. (*se inclina*).

DON ANDRES.—¡Oh! perdonad, no recuerdo de vos. (*indicando una silla*). Sentaos, me habéis dado una sorpresa agradable y ardo en deseos de saber quien sois.

CARLOS.—(*ligeramente turbado*).

Creí que me reconoceríais, mi Coronel, y que

no me hubieréis olvidado. Soy Carlos Montes, el Cadete de la Batalla de las Rocas. ¿Recordáis?

DON ANDRES.—(*tratando de levantarse*).

Es verdad. Venid, abrazadme, Carlos, mi pequeño Cadete. Si, ya recuerdo; ¡qué alegría volver a verte! Tan olvidado está ese pasado, hijo mío, que ya no recordaba de nada, ni de nadie.

CARLOS.—(*se acerca y abraza al Coronel*).

Vos que fuisteis como un padre para mí en esos momentos de horror. (*toma la silla y se sienta, formando el grupo, mientras Roberto se retira a masticar su pan*). Luego, después de la batalla, mi Coronel, tuve que viajar al Exterior. Ingresé a una Academia de Caballería en donde me gradué de Alférez. Mi familia me obligó a regresar y, aquí me tenéis, mi Coronel. Me mandaron de guarnición a esta ciudad que queda próxima y allí he permanecido durante un mes. Nunca os olvidé, mi Coronel; de ahí que desde que llegué vivía preguntando por vos. Nadie me daba razón; por eso no he venido cuanto antes. Únicamente ahora, por una muchacha muy guapa de una lavandería, supe el lugar en donde estábais.

DON ANDRES.—Y esa muchacha ¿sabes cómo se llama?

CARLOS.—No, mi Coronel, no me interesó su nombre a pesar de sus encantos.

DON ANDRES.—Pues, yo sí sé... Ella se llama María de la Torre y es mi hija.

CARLOS.—(*con sorpresa*).

F O N T A N A

¡Cómo! ¿Será posible?

DON ANDRES.—Tan cierto, Teniente, que élla trabaja todo el día en esa casa y las noches aquí, para poder ganar el pan para sus padres. ¿Te sorprende?

CARLOS.—(con estupor).

Pero, se puede siquiera concebir tal cosa. Vos, mi Coronel, en la miseria, ¡Cuánto os deben los Magistrados y la Patria misma!

DON ANDRES.—¿Qué quieres? Esa es la vida, joven oficial. Llevo años de esta situación. Ahora, soy un pobre viejo roído por las reumas, nada más, mi buen amigo.

CARLOS.—Oh injusticias de la suerte. (emociónado). Mi Coronel, la vida se torna, a veces, justa; quiero decir que da oportunidades para retribuir, en alguna parte, los beneficios que se reciben. Mi Coronel, aceptad, mi pensión de oficial. No lo toméis como una ofensa. Oh, nó, mil veces, nó. Soy grato, nada más mi Coronel. Aceptadla, hacedlo por el nombre de mi madre.

DON ANDRES.—(escuchando sollozar a Roberto).

Mirad, noble amigo, ese niño acaba de venir; se ha asilado en esta casa. Su madre ha muerto y el pobrecito no tenía que comer.

CARLOS.—¡Qué emociones tan fuertes me han esperado en este lugar! (queda unos segundos meditando).—Don Andrés, queréis dármelo a ese niño. Yo le cuidaré como a hermano menor, que tanta falta me hace.

DON ANDRES.—Pero no te fijas que si me

das tu pensión de Oficial no podrás sostenerte ni tú ni el chico?

CARLOS.—Os equivocáis, mi Coronel, soy rico, es decir mi madre lo es. Y, élla, como toda madre cariñosa, no olvida a su hijo que se halla ausente, cumpliendo el deber que le impone su carrera. Me socorre tanto que hasta ahora mi sueldo lo he empleado lo mejor que me ha sido posible. Así es que aceptad mi modesto apoyo. Olvidáis, acaso, que os debo la vida?

DON ANDRES.—Acepto tu oferta, noble amigo, no porque quiera cobrarme servicios pasados, nó: lejos de tí y de mí esas suposiciones; sino, tan sólo por curarme de estas reumas y poder ayudar un tanto al diario luchar de mi hija. En cuanto al pequeñuelo, no me lo quites. No porque espera nada de malo de tí, acaso no estoy palpando hasta donde va tu generosidad, sino porque tú eres joven y la vida de un joven guarda ilusiones e impresiones diversas. Este pequeñuelo lo que necesita es de un hogar, aunque humilde y pobre, pero suplica ese calor y ese consuelo. Además con tu socorro, que te ruego sea la mitad solamente de tu pensión, ya no le faltará el pan.

CARLOS.—Como ordenéis, mi Coronel. (*levantándose*). Véome en el caso de retirarme por ser llegada ya la hora de presentarme al Cuartel. (*toma la gorra y los guantes de la mesa y se despide*). Hasta más luego, mi Coronel, mi alma va satisfecha de veros. Buenos días Señora, adiós chiquitín, ya te traeré soldaditos de plomo para que no me olvides. (*se dirige a la puerta*).

F O N T A N A

DON ANDRES.—Adiós, mi noble Carlos, vas dejando en nosotros cariño y agradecimiento. Vuelve pronto.

DOÑA MARTA.—Si, venid a vernos, buen amigo, y presentad a vuestra madre, cuando la escribais, nuestro sincero aprecio.

CARLOS.—Gracias, señora, no lo olvidaré. Si puedo, volveré esta tarde. Adiós. (*sale*).

ESCENA QUINTA

(*Dichos y Julián Piñeiros*).

JULIAN.—(*éste es un joven del gran mundo: alto, elegante, bastante rico, sus manos enjoyadas portan un bastón con empuñadura de oro. Abre la puerta y, sin llamar, entra*).

Perdonad si os molesta mi presencia.

DON ANDRES.—(*sorprendido*).

De ninguna manera, caballero! Vos tendréis que perdonar esta pobreza. (*señalando una silla*). Sentaos, si gustáis. ¿A qué debo el honor de vuestra visita?

JULIAN.—(*permaneciendo de pies y escrutando hasta el último rincón*).

Pues he venido a haceros una pregunta.

DON ANDRES.—Hablad. (*no puede evitar un estremecimiento*).

JULIAN.—(*impávido e impertinente*).

Decidme, ¿es aquí en donde vive una muchacha lavandera, llamada María Torres y que trabaja en la Calle Rocafuerte N° 28?

DON ANDRES.—(*mordiéndose los labios de rabia*).

Os queréis referir a María de la Torre? Ella trabaja en ese lugar y es mi hija. ¿Para qué la queríais?

JULIAN.—(*despreciativo*).

¡Bah! María Torres he dicho. Qué estulticia querer dar nombres ilustres, siendo tan pobres gentes... (*rie*).

DON ANDRES.—(*furioso*).

Habéis venido a insultarnos, ¡miserable!— ¡Salid!, joven rico que os apesta la pobreza honrada y que no conocéis cómo se gana el pan. ¡Salid! Vos que no respetáis las cabezas canas y os causan risa los ancianos desgraciados. (*imperioso*). ¡Idos! No manchéis mi dignidad con vuestra presencia.

JULIAN.—(*entretenido e irónico*).

Si yo hubiera venido a recibir sermones de un viejo chocho como vos, francamente no me hubiera molestado. He venido a anunciaros que os vais a quedar sin hija, de buenas o de malas, como gustéis. Aquí tengo dinero para acallar vuestras iras. ¿Qué más queréis?

DOÑA MARTA.—(*abandonando la costura y tapándose con las manos la cara*).

¡Dios mío, para qué hemos quedado...!

DON ANDRES.—(*tembloroso de ira, saca de su bolsillo la vieja pipa, única arma a la mano y, sintiendo hervir su sangre, por el honor ultrajado, da con ella en la cara de Julián que, ajeno a este impulso, continuaba riendo*).

¡Tomad! Esta es mi respuesta. ¡Infamel, que osais burlaros de mi vejez. Si nó ya hubierais dejado de existir. (*cae en su sillón agotado por el esfuerzo*).

F O N T A N A

JULIAN.—(a quien lo imprevisto del ataque y lo fuerte del golpe le habían hecho caer de rodillas, se incorpora furioso y se lanza contra don Andrés).

¡Cómo, viejo horrible, os atrevéis! (se acerca y le da una bofetada en el rostro, que la recibe indefenso y tembloroso, ahogando un grito de rabia.— En este instante se abre la puerta y penetra, bonachonamente, un labriego robusto que, adueñándose de la escena en un instante, corre hacia Julián y, sujetándole por el cuello, exclama).

ESCENA SEXTA

(Dichos y el labriego Antonio)

ANTONIO.—(es un joven labriego, vestido de tal. Tomando a Julián por el cuello).

¡Cómo os atrevéis a faltar a un anciano de esta manera, Cobarde! (y tirándole hacia atrás le mira en el rostro y su sorpresa es tal que lo suelta, exclamando):

¡Cómo, si es el señorito Julián! ¿Será posible? (luego, bruscamente lo vuelve a sujetar, diciendo):

Infame, señorito, que habéis venido a faltar a un anciano, a un padre de una muchacha honrada. Vos que os habéis reído de mí cuando os hube confesado que la amaba. Vos que queríais perderla, estáis, ahora, entre mis manos vengadoras y vais a morir...!

(Julián logra desprenderse de Antonio y los dos se preparan a la lucha. Antonio es más fuerte, lo vence y lo tiene contra el suelo. Doña Marta se ha desmayado en su silla. Roberto se ha ocultado de-

HUGO LARREA ANDRADE

bajo de uno de los lechos. Dn. Andrés, rojo de coraje y de vergüenza, dice convulsivamente):

DON ANDRES.—¡Mátale! ¡Mátale! Estos hombres que no respetan las cabezas canas, ni las niñas honradas, deben morir. ¡Mátale! ¡Mátale!

(En estos momentos aparece en la puerta la caeza de María que no ahoga un grito de horror y queda paralizada de espanto. Tras un ademán desesperado Julián había espirado bajo la férrea presión de los dedos de Antonio, que se levanta azorado. Se oye únicamente la voz de don Andrés que, temblorosamente, dice):

¡Mátale...! ¡Mátale...!

TELON

Fin del Primer Acto

F O N T A N A

ACTO SEGUNDO

ESCENARIO:

(Gabinete elegante: amoblado rico y graciosamente. Sobre dos butacas, forradas de terciopelo, rojo, trabajan su labor de bordado, madre e hija cuando suenan nerviosamente varios golpecitos en la puerta. A la izquierda una ventana que recorta un trozo de paisaje. La acción se desarrolla por la tarde de un día de verano.—Hace un año de los últimos acontecimientos).

ESCENA PRIMERA

(Doña Antonieta y Lidia, luego don Andrés)

DOÑA ANTONIETA.—*(mujer elegante y rica. Es madre de Carlos y de Lidia. Levantando la cabeza señala la puerta a su hija y exclama):*

¿Eh? ¿Quién puede ser y llegado hasta aquí sin que antes se le haya anunciado?—Levántate y anda a ver quien es, hija.

LIDIA.—(*muchacha bellísima, hábil maestra de su toilette. Sus cabellos rubios forman un marco de oro a sus encantos de Triánón. Todo en élla es exquisito y altivo, como una persona a quien no se le hubiere contrariado nunca y que vive entre el desgarramiento de la seda y entre la enagenación del perfume más fino. Sin embargo tiene un gran corazón y hoy, se encuentra profundamente triste.— Se levanta y va a abrir*).

DON ANDRES.—(*quien ha curado ya de sus reumas, entra, diciendo*):

Perdonad, señoras, mi presencia en vuestra casa: he venido conducido por vuestro hijo Carlos, el Teniente de Caballería, por esto no se me ha anunciado antes. El es quien me ha indicado que vos, señora, necesitáis de un mayordomo para el gobierno de esta casa y...

DOÑA ANTONIETA.—(*interrumpiéndole*).

Pero vos querríais desempeñar ese cargo que demanda mucha vigilancia y movimiento, así, a vuestros años? Creo que no me serías de mucha utilidad.

DON ANDRES.—Perdonad que os contradiga: soy viejo, en verdad, ¿cómo puedo negaros, si lo estáis viendo? Sin embargo, las fuerzas no me han abandonado todavía. Una larga enfermedad reumática me tuvo postrado por mucho tiempo, de allí que me viera sumido en la miseria y al amparo de mi hija. Pero cuando eran más horribles mis padecimientos la generosidad de vuestro hijo, a quien conocí en una batalla, nos socorrió. Logré curar de mi enfermedad y él ha sido quien se empeñó en traerme hasta aquí para que os ofrezca mis servicios. Espero...

F O N T A N A

DOÑA ANTONIETA.—(*volviendo a interrumpir*).

Os oí hace un momento de que habíais venido conducido por mi hijo: decidme. ¿Os envió solamente o habéis venido juntos?

DON ANDRES.—(*que se mantenía de pies*).

El me ha acompañado, señora, pero yo he querido presentarme solo, ante vos, en demanda de esta vacante que tenéis en vuestra casa.

DOÑA ANTONIETA.—(*distraída*).

¡Ah! perdonad, tomad asiento. Vuelvo enseguida con mi hijo. (*se levanta*).

DON ANDRES.—(*deteniéndola con un ademán*).

Un momento, señora, y dispensad si me atrevo a deteneros. Hemos acordado con vuestro hijo de que me presente solo ante vos; él ha salido a la calle, no tardará en venir a saludaros.

DOÑA ANTONIETA.—(*volviendo a tomar asiento*).

¡Ingrato!, cómo paga mi cariño. Tantos meses sin verlo. Consiente todavía en que vengan a solicitarme colocaciones en lugar de correr a abrazarme.

DON ANDRES.—Señora, por haber militado con vuestro hijo, por deberle tantos servicios le conozco mucho. No creais que haya sido por falta de cariño a vos, por lo que ha salido, prefiriendo que venga yo a importunaros, para poder llevar un pedazo de pan a la boca, tranquilamente, sin la amargura que el peligro diario que corre mi hija para conseguirlo, me volviera duro. El, quiere que seais vos, llevada por vuestros caritativos sentimientos, la que haga esta obra de caridad.

Os ruego, señora, para no incomodaros más, me digáis francamente, si espero algo de vos.

DOÑA ANTONIETA.—(*aparte*).

Esa voz me recuerda a alguna que yo la he oído otra vez. ¿Cuándo?)*sobreponiéndose*).
Decidme: ¿quién sois? ¿Cómo os llamáis y cuál es vuestra familia?

DON ANDRES.—(*sentándose en una silla*).

Con el mayor placer, señora, yo me llamo Andrés Torres: desde los veinte años hasta los cincuenta fui militar; desde allí he vivido con mi esposa tan vieja como yo, al amparo de nuestra hija María, que si os gusta podéis emplearla para compañera de la señorita y por último un huérfanito, llamado Roberto, que yo lo asilé cuando murió su madre. Esto es todo lo que constituye nuestra familia, en cuanto a nuestra honradez os atestiguará vuestro hijo.

DOÑA ANTONIETA.—(*dirigiéndose a su hija*).

¿Qué te parece Lidia?

LIDIA.—(*despreocupada*).

A mí que puede interesarme eso, madre. Bien conoces mi tristeza y la herida imborrable que llevó en el alma. (*da un suspiro*).

DON ANDRES.—Parece que sufre hondamente esta bellísima señorita y en toda ella algo hay melancólico y triste. Seguramente una gran contrariedad. ¡Ah! Ella tan llena de encantos, sin que nada le haga falta para la alegría de la vida, está triste. Creo, sin temor de equivocarme, que el tiempo la curará. Imagino que en ello ha tomado parte el corazón. ¿No es verdad?

DOÑA ANTONIETA.—Es verdad; hace un

F O N T A N A

año que su novio fue bárbaramente asesinado en una aldea cercana a una de sus haciendas; sin saber el móvil, sin que se conozca el asesino.

DON ANDRES.—(*sin poder contenerse*).

¡Ah! ¿Lo sabíais?

DOÑA ANTONIETA.—(*fijándose en la turbación de don Andrés*).

Por una carta de mi hijo. Pero, ¿por qué os habéis alterado?

DON ANDRES.—(*violentamente tranquilizado*).

¡Ah! La pena que he sentido al saber esta desgracia y al contemplar a vuestra hija llena de ese gran dolor.

LIDIA.—(*alzando la cabeza*).

Gracias, Andrés, usted tiene un buen corazón y toda su presencia infunde confianza. (*a doña Antonieta*). Mamá, tomadle a nuestro servicio, te lo pido.

DON ANDRES.—¡Oh! Gracias señorita, yo os pagaré vuestra gentileza con mis solicitudes.

DOÑA ANTONIETA.—Bueno, Andrés, quedas a mi servicio, puedes retirarte.

DON ANDRES.—(*dirigiéndose a la puerta*).

Está bien, señora, el agradecimiento mío como el de mi familia que ya vendrá a presentaros sus respetos.

DOÑA ANTONIETA.—Ah, oye, me olvidaba. En el piso inferior se encuentra el apartamento destinado al mayordomo. Traslada a tu familia y envíame a tu hija para ver de ocuparla. Mi hijo te dará pormenores de tu renta. Anda y envíamelo

(*don Andrés sale, a poco entra Carlos*).

ESCENA SEGUNDA

(*Dichos y Carlos Montes*)

CARLOS.—(*entrando sonriente en la habitación*)
¡Madre, hermana mías! (*les abraza luego se sienta*). Ya veo que os he molestado grandemente enviándoos un emisario en lugar de venir a saludaros. Perdonadme. (*sonríe*).

DOÑA ANTONIETA.—Cierto, hijo mío, me tienes resentida. ¿A qué viene todo esto? Tú eres bien raro, cuéntanos qué te pasa?

CARLOS.—Pues, que el mayordomo que acabas de emplearlo es Coronel de Ejército y que tu hijo le debe la vida.

DOÑA ANTONIETA.—Pues, hijo, debías avisarme. Si no hubiese sido por Lidia yo no me hubiera animado a tomarlo a mi servicio. Bien sabes la aversión que siento por toda esta clase de gentes.

CARLOS.—Ay, madre, no digas eso. Ya ves a que confusiones te lleva ese carácter. Además sé que el Coronel es de buena familia y resultaría chusco que sea algún pariente tuyo, pues lleva tu mismo apellido.

DOÑA ANTONIETA.—Calla, hijo, supones que siendo como tú dices, ya no me lo hubiera dicho, solicitándome asilo y ayuda, antes que ser mi cria-

F O N T A N A

do. Todos mis parientes han sido muy orgullosos y se hubieran dejado matar antes que venir a solicitar empleos. Además me ha dicho que se llama Andrés Torres. Y tú bien sabes que en nuestra familia no ha existido nunca un Andrés Torres.

CARLOS.—Espero que sea como tú lo dices, mamá; muy fuerte lección sería esa coincidencia.

(*Lidia se levanta y acercándose a su hermano le dice*):

LIDIA.—Perdóname, Carlos, que me separe de tí unos instantes. Voy a la Iglesia. Adiós.

CARLOS.—Vuelve pronto, hermana mía, que quiero quitarte el peso de tu pena contándote algo, que a no dudar, te sanará la herida de amor y te permitirá volver a vivir con alegría. (*Lidia sale*).

ESCENA TERCERA

(*Dichos menos Lidia*)

DOÑA ANTONIETA.—(*intrigada*).

Oyes, Carlos, tú que conoces a esta familia, que desde esta tarde va a habitar en mi casa; quiero que me des detalles de élla. Ya sabes que desconfío.

CARLOS.—Ve, mamá, por eso no quise venir acompañándole; porque no me hubiera podido aguantar que, talvez, una frase tuya, dicha sin meditar, hubiese podido resentir al nuevo mayordomo; es decir a mi superior, a cuyo esfuerzo y

coraje debo la conservación de mi vida, como ya te lo he dicho. El vivió una vida brillante. El olvidó su vejez, su enfermedad; le hicieron conocer como viven las gentes humildes, las verdaderamente pobres; no aquellas que se fingen, llevadas tan sólo por un afán de dinero. Su esposa es viejecita, su hija es llena de encantos y asombra el parecido que tiene con mi hermana. Bella y buena, hizo el sacrificio de su vida y libertad trabajando día y noche, como una obrera, para que no falte el pan de sus padres. Una feliz casualidad hizo que encontrara a esta familia, casualidad que la bendigo porque me ha dado la oportunidad de presentarme como soy. Logré traer para acá a esa familia después de una tragedia que sufrió. No dudaba que, apartando ese sentimiento de repulsión que hacia los pobres tienes, los habrías aceptado. Ahora, madre mía, no sabes cuánto te agradezco.

DOÑA ANTONIETA.—No tienes por qué, hijo mío. Conozco tu corazón de oro. Dime si su hija es digna de poder ser la compañera de Lidia.

CARLOS.—(emocionado).

Más allá, madre; será su hermana. La amo y he comprometido mi palabra.

DOÑA ANTONIETA.—(ahogando un grito).

Cómo te atreves a decir esto! Carlos, hijo mío; tú, a quien te aguarda un porvenir hermoso, casado con la hija de mi mayordomo! Pero, es que estás loco? (levantándose). Voy inmediatamente a despedir a esa gente, ¡Ah, esa gente para qué existirá!

F O N T A N A

CARLOS.—(*conteniéndole*).

Madre, ni un paso más, perdona; te lo prohibo. Si nó me marcharé y no me volverás a ver jamás. (*le hace nuevamente sentar y él se queda de pies*).

DOÑA ANTONIETA.—(*entre sollozos*).

Prefiero verte muerto antes que deshonrado... ¡Ah! A qué deberé este castigo. (*llora*).

(*se oye un golpe en la puerta y una voz que dice desde afuera*).

¡Abrid a la Justicial...

CARLOS.—Eh?, qué es esto? Viene la Justicial aquí a mi casa? ¿Por qué?

DOÑA ANTONIETA.—(*sobreponiéndose*),

Abrid hijo, nada me coge ya de nuevo.

(*Carlos va a abrir la puerta*).

ESCENA CUARTA

(*Dichos y el Gerdarme*)

EL POLICIA.—(*saludando militarmente a Carlos*).

Mi Teniente; vengo a molestaros en cumplimiento de un orden que se me ha dado.

CARLOS.—Entrad y explicaós: escucho.

POLICIA.—(*entrando*).

Muy cerca de aquí se ha capturado a un campesino en estado de idiotez y que confiesa ser el asesino del señorito Julián Piñeiros, victimado hace un año.

CARLOS.—Bueno y qué tengo que ver yo en esto?

HUGO LARREA ANDRADE

POLICIA.—Que este labriego relata, aunque confusamente, en indica el lugar en donde fue consumado el crimen. Recuerda de una joven a la que amaba locamente y que este amor insultado fue el móvil del crimen. Se ha hecho averiguar en la aldea y la persona comprometida es aquel que vino con vos y que responde al nombre de Andrés Torres.

DOÑA ANTONIETA.—(*agitadísima*).

¡Ah! ¿Será posible?

POLICIA.—Yo he venido a llevarlo a él, con vuestro permiso, mi Teniente.

CARLOS.—(*se sienta conmovido y confuso*).

Bueno, esperad un instante, Policía. Ya lo llamaré (*juego se incorpora, como tomando una resolución imprevista. y se dirige a la puerta, la abre y llama*).

Coronel Andrés de la Torre venid se os necesita.

(*muda sorpresa del gendarme que se pone rígido*).

ESCENA QUINTA

(*Dichos y don Andrés*)

DON ANDRES.—(*entrando en la habitación*).

Héme aquí, Teniente, a vuestra llamada.

DOÑA ANTONIETA.—(*levántase furiosa*)

Han venido a prenderos; se os acusa de ser cómplice de un crimen. Salid de aquí, idos presto al lugar que merecéis.

DON ANDRES.—(*tranquilo*).

F O N T A N A

Está bien, señora; iré donde querrais. (*se dirige a la puerta diciendo*). Vamos, gendarme, cumplid vuestra misión.

CARLOS.—(*interceptándole el paso*).

Deteneos un momento, mi Coronel; voy a explicar a mi madre en dos frases este enigma. (*a su madre*). Oídme; Yo te había dicho que esta familia había sufrido una tragedia: yo la conozco y sé que no son culpables a pesar de haber sido su cuarto el lugar del crimen: sé que fue un labriego, llamado Antonio, empleado del mismo Julián, la víctima, y que debía ser el esposo de mi hermana. (*se abre la puerta en este instante y penetra violentamente Lidia, que había oído las últimas palabras de Carlos*).

ESCENA SEXTA

(*Dichos y Lidia*)

LIDIA.—(*entra con precipitación*)

¿Cómo, qué dices, hermano mío? (*fijándose en el gendarme*). Madre, ¿qué pasa aquí? Explicadme, por Dios. (*cae sentada en una butaca*).

CARLOS.—(*dirigiéndose a su hermana*)

Decía que vuestro novio, Julián, fue asesinado en casa de este señor. (*indicando a don]Andrés*) Que el asesino fue el mismo peón de su hacienda que...

LIDIA.—(*furiosa*).

Y tú, Andrés, que yo te creía de buen corazón, has consentido ese crimen o quizás inducido a él. Decidme, hipócrita...

CARLOS.—Cuidado, Lidia, eres mi hermana y no consiento en que incurras en el mismo error que le costó la vida a tu novio: respeta las cabezas canas, estas cabezas llenas de dignidad que la pobreza, los sufrimientos, las ingrátitudes humanas, las nevaron antes de tiempo: estas cabezas merecen aún más respeto que las que se alzan en pedestales de oro, insolentes y desafiantes para con los humildes. ¡Ah! hermana, cuando conozcas las miserias que encierran las grandes fortunas; cuando te des cuenta de que esas riquezas han ahogado tantas voces de hambre y de opresión al infeliz, abrazaréis a este hombre anciano, injustamente calumniado, que es padre de mi novia.

LIDIA.—(*asustada, corre a abrazar a su madre, diciendo*):

¡Has oído, oh mamá, has oído!

DON ANDRES.—(*tranquilo y enérgico*).

Señorita: vuestro novio fue asesinado por un rival suyo. Se había reído del amor de un labriego y éste lo mató. También yo fui víctima de aquél: faltóme en mi hogar hiriendo mi honor jamás mancillado; clavando así una puñalada en mitad del corazón de padre, pues, quiso comprar a mi hija con un canalla puñado de monedas. Ah! Esas personas quieren conseguir satisfacer sus caprichos con el oro y todo esto fue la causa de su muerte. El labriego abrió la puerta en el preciso momento en que el señorito abofeteaba a un anciano postrado en su sillón y entonces, aquel hombre, analfabeto y rústico que, no obstante, te sabía respetar a las personas ancianas, pobres

F O N T A N A

pero honradas, sintiendo la venganza por su amor apuñalado y cediendo a sus instintos salvajes, ahogó entre sus callosas manos la vida del señorito, mientras yo, humillado de vergüenza, le pedía que lo mate... (*se abre violentamente la puerta y penetra María sobresaltada y llorosa*).

ESCENA SEPTIMA

(*Dichos y María*)

MARIA.—(*abrazando fuertemente a su padre*), ¡Oh, padre! ¡Padre mío! ¿Qué te pasa? Díme, dí a tu hija que te quiere tanto. (*luego volviéndose al Policía*). Señor Policía. Vos, decidme la verdad, os suplico.

POLICIA.—(*emocionado*).

Bella niña, os hará sufrir. He venido a prender a vuestro padre. (*María llora abrazada a su padre*). No lloréis, pronto lo volveréis a ver. Pronto relucirá la inocencia.

MARIA.—Oh, gracias, señor Policía; comprendéis el dolor de mi alma.

CARLOS.—(*tomando una mano de María*).

Vedla, mamá y hermana mías, conocedla; ésta es la dueña de mi corazón y de mi vida. Miradla, ved esa almita troncada dolorosamente por la pena, admirad ese corazón de hija, comprended el amor que siento por élla y no la despreciéis por haber sido obrera, por haber luchado a brazo partido con la vida y la miseria: no la despreciéis porque la veis pobre. (*abrazo a María que llora en el hombro de su padre*).

DOÑA ANTONIETA.—Basta de esas escenas absurdas que las desprecio. Tú (*a su hijo*) calla; ya te lo he dicho que prefiero verte muerto antes que casado con esta muchacha. Bien se ve que sus encantos de mujer te han trastornado la cabeza. Mientras viva, no lo consentiré. Además, élla es la causa del crimen; por élla irrumpe en mi casa la Policía. Acuérdate de tu honra, hijo, del apellido que llevas; deja a esa muchacha que siga el mismo camino de su padre. Y tú, sé más razonable y ven a besar a tu madre. (*al Policía*) Señor, cumplid vuestra misión.

POLICIA.—Vamos, señor...

MARIA.—(*cogiendo el brazo de su padre*).

Llevadnos a todos, señor Policía, a todos, a mi madre, a mí, a mi hermano menor. Comprended que ni la miseria, ni la desgracia nos han separado; ni la injusticia, ni el olvido de los hombres nos han abatido, ¿Cómo podéis vos separarnos, ahora que mis padres se hallan al borde de la tumba por cumplir vuestro deber? Sin acaso daros cuenta de que obedecéis a la calumnia, Señor Policía, llevadnos a todos. (*se dirigen a la puerta*).

CARLOS.—Oh, nó. No consentiré. ¡María, mi María, la prisión para tí está en mi corazón! Ven a mis brazos; mi Coronel volverá pronto, no lo dudes. La inocencia resplandece siempre aún cuando se la quiera combatir con el oro de los unos y la ambición de los otros. María, yo cuidaré de ustedes en tanto dure la ausencia de tu padre. Ven, ¿verdad Coronel que consentís?

DON ANDRES.—(*separando a su hija*).

F O N T A N A

Ve, hija mía, hacia ese corazón que te llama. padre lo conoce mucho y no duda de él. Si regreso, que os encuentre felices; cuidad de vuestra madre y del pequeñuelo y no olvidéis a este pobre viejo que se va perdonando las maldades de todas las gentes y de todas las vidas.

DOÑA ANTONIETA.—(*exaltada*).

Carlos: salid tú también con ellos! Ya que los habéis preferido. Olvida a tu madre y a tu hermana que saben mantener su honor y dignidad.

CARLOS.—(*serio*).

Está bien madre. Ya no os volveré a ver. (*emocionado*). No ha bastado el amor de vuestro hijo para romper el hielo de vuestro corazón. Y yo que creía que vos érais una madre para mí: sí, una madre. Adiós. El honor y la dignidad que me habéis legado con mi nombre, nadie, hasta aquí, ha osado ni siquiera levemente mancharlo. (*lloroso*). Consentís, madre, que os bese por última vez?

DOÑA ANTONIETA.—¡Idos!

CARLOS.—Por Dios, Madre mía.

DOÑA ANTONIETA.—He dicho que salgais. .

(*Carlos, sollozante se dirige a la puerta con María casi desmayada sobre el hombro de don Andrés que, volviéndose repentinamente hacia doña Antonieta, dice: temblando de ira*).

DON ANDRES.—¡Antonietta, hermana maldita! que ni siquiera eres capaz de reconocer tu sangre que, desgraciadamente, corre por mis venas. Has insultado a tu hermano y a su hija y has arrojado a tu hijo de tu lado, sólo porque no tienes

corazón sino egoísmo: sólo porque el clamor de los indigentes te molesta, ya que tú estás hasta de oro. Sólo porque dar un pan te subleva y te hierre la presencia del pobre. ¡Maldita seas! (*al Policía*). Vamos, señor Policía, que me molesta contemplar la seda que cubre a un cuerpo que no tiene alma ni corazón...Vamos, hijos míos, salid presto...

CARLOS.—(*abrazando a don Andrés*).

Mi corazón no me engañaba...Oh!...

DOÑA ANTONIETA.—(*a quien lo brusco de la verdad la transforma, cae sollozando de rodillas, mientras grita*):

Perdonadme, hermano, ya os reconocí, perdonadme...!

DON ANDRES.—(*brusco*).

¡Ah! Un cambio de nombre tan sólo pudo haber disfrazado a tu hermano. Lloro tu despecho mientras cuentas tus monedas de oro. Que no creo en tus lágrimas ni en tu arrepentimiento.

DOÑA ANTONIETA.—¡Perdóname, hermano; perdóname, hijo...!

(*salen don Andrés, María, Carlos y el Policía, en tanto que Lidia llora con la cabeza entre las manos y doña Antonieta se desploma desmayada*).

CAE EL TELON

FIN DEL DRAMA

ARTICULOS LITERARIOS
Y
BIOGRAFICOS

BARRIO

La calleja del barrio, olvidada y fría, la transita, tiritando de miedo, el viento trasnochador. Las casas fantasmas con sus caras de niebla, parece que formaran el camino del olvido.

En una esquina, como fuego fatuo, parpadea un farol, oscilante, sostenido por una larga varilla de acero, tejida de dragones y arabescos, como si fuera adorno de algún barrio teutón.

A su frente, un oscuro y ancho portalón se ilumina intermitentemente, semejando una cueva, una portada conventual o un garage.

Un perro mira con ojos hoscos al farol que columpia rojo, en medio de la negrura de un cielo denso, que parece plano. Arquea la horrible la-

F O N T A N A

ceria de sus lomos, sus dientes blanquean siniestramente y entre espumarajos de rabia y ladridos fúnebres da pesadamente su osamenta contra las baldosas de la callejuela.

El hastío, la miseria, la muerte habitan detrás de cada puerta cerrada. Largo como un bostezo, un ciprés columbra a lo lejos, al final de la calle cual un guardián escalofriante de un figón que tiene un ojo rojo encendido en su cara truhanesca. Una racha de viento alarga dolorosamente el ahuecado sonido de una tos. Se entreabre la pupila de una ventana alta dejando escapar furtivo rayo de luz que cae de bruces en la sombra como un suicida...

Se perfila, vaporosamente, una fina silueta femenil. Sus manos estrujan algo..., y su cuerpo, todo convulso sacude la tos trágica.—La muchacha tísica, en un gesto último, abre su pecho a la brisa fría que paralizará su vida. Y, luego, loca, precipítase al vacío. Su cuerpecito, como el caer de una moneda de oro, tuvo, al romperse contra las baldosas de la callejuela, un sonido argentino...

Las doce. Un gato cruza veloz, saliendo de una hendija de puerta, y se encarama en lo más alto del figón, rojo y trágico.—Sábado. La niebla tiene olor de azufre. Un rincón pestilente semeja al aquelarre de todas las brujas esqueléticas que parecen salidas de detrás de todas las puertas miedosas de estas casas fantasmas.—¿Será acaso, que el mismo Mandinga cruza por encima de las alas anchas de mi sombrero, caballero en el sofocante corcel de la muerte?

Este barrio, que hoy es presa de los malos espíritus que offician su liturgia negra, mañana, domingo, se vestirá de limpio: y alegres saldrán los vecinos con sus ventas de pan y de cerdos degollados la víspera, al mercado de la ciudad. Y todos tendrán espanto que, como una corriente fría, les bajará por la médula al contemplar la sangre que tiñe las baldosas y un cuerpecito frágil en pedazos minúsculos.

Luego, seguirá la vida de siempre: las casas enfiladas con sus puertas entreabiertas, el ruido de los coches alargándose hasta las bohardillas humildes, las gentes con sus caras redondas y risueñas. Se olvidará la tragedia. Pero, siempre, este barrio, en las noches del sábado, será miedoso, será blanco como espectro y olerá a sangre...

El minuto inefable

Hubo el salto del vértigo, destrenzado y absurdo. La sombra tuvo espasmos de locuras confusas. La noche recorría su negrura iluminando sus flancos, con la pasionante tembloriedad de los luceros, que abrían surcos de oro en su carne tri-gueña.

Se entregaba la sombra decapitada por el deseo. Era una eclosión arrobadora de perfumes la

F O N T A N A

ofrenda del jardín: voluptuoso y distante se oía el murmullo de los besos del agua que acariciaba la tierra, tendida obsesionada, al contemplar lo inmutable...

El camino se extendía, abrumado por el peso de las horas iguales: impasible, ante su eterno cansancio de tenderse lo mismo que una pena sobre el alma, ofreciendo paso a las sensaciones viajeras, que dejan la nostalgia imprecisa de su largo desear.

Al quebrarse el minuto, sus átomos minúsculos nos saturan de amanecer. Entretiene la fuga de las sombras que se ocultan precipitadas en la profundidad de las ojeras de la Vida, que olvida su perversidad de mundana, dándose el baño de bondad que la naturaleza ofrece en la suave frescura del amanecer.

La menuda vivienda del cortijo, oculta en el bosque, dibuja su silueta: el dulce balido de los recentales y el vaho que exhala la vacada multicolor humedecen este ambiente de madrugada. Crece espumosa, llenando las vasijas, la leche ordeñada y fresca. De lo lejos nos llega borroso y alargado por la distancia, el grito de algún gañán que brega en su ardua tarea de dirigir al holgórico verde de una dehesa el tropel, alborotado, de los potros cerriles.

Acodado en el alféizar de mi ventana que da al campo, hundo la mirada al arcano armonioso de la madre natura. Un rumor de esperanzas, como de versos olvidados, juguetea con las crenchas oscuras de mi cabello, dispersas en la brisa

que va dejando el aroma fino de las lejanías, en su erranza de ala.

Abstraído, dejaba llenar mi alma de esta suave ternura sin haberla sentido llegar...

Ella rió argentinamente de mi muda sorpresa. El amor triunfó sobre esta excelsitud diáfana. Al sentir en mis labios la presión de sus dos labios dulces, presentía que las rosas en el jardín se juntaban como nuestras almas...

Campo

Paleta de colores diversos. Salto matinal de los perros. Sueño quitado de los párpados pesados por la cetrina fricción de manos encallecidas. Herramientas sobre los hombros robustos. Desfile de trabajo. Voces gruesas del Mayordomo y gestos de batuta de su látigo que acompaña las órdenes. Del corral llega el balido del rejo. Parduscos los asnos conducen, tintineando, los barriles de leche. Se uncen las yuntas para la diaria faena del surco. Bueyes que luego absorben toda su paciencia a lo largo del día, con su paso tardado. Ondeá, temblorosa, la blancura de la manada que marcha hacia la ocre acogida de algún rastrojo, conducida por el diminuto zagal enterrado en la mancha de sangre de su poncho.

El viejo hortelano con su enorme sombrero de duende ha hecho crugir la puerta de la Huerta. Celoso guardián mira, con ojos aváros, como pen-

F O N T A N A

den amarillas, tentadoras como una promesa, las naranjas. Junto a ellas se yergue el platanal que, a su vez, cuida de los coposos arbustos de café con la blanca corona de sus azahares y los menudos corales de su fruta. Todo el cuidado de estas vidas, como de las pequeñas hortalizas, constituye la ardua tarea del viejo hortelano que ha respirado de cerca la pureza del aire junto a esas existencias minúsculas.

Es un alboroto de alegría en el campo la llegada del agua. Por la ancha acequia destrenza sus murmullos y sus risas. La tierra le acoge y se satura de caricia. Severo el regador encadena su torrente y lo distribuye maestramente a fin de que todas las raíces puedan beber el vaso de frescura que llegue hasta ellas a romper su ansiedad, que es igual a la de los niños, hasta que la leche no haya pintado su sonrisa blanca en sus labios.

Un hato de barbas, de poncho, de zamarros y espuelas constituye el viejo Amansador que, entre interjecciones y a regañadientes, logra sujetar la bravía revoltosidad de los potros.

Fresca y ondulante, como las olas, la alfalfa de los potreros se brinda al afán del ganado que pase tranquilo haciendo resaltar, con la multiplicidad de sus colores, este cuadro, a brochazos, del campo esplendoroso bajo el sol: dulce y blanco con la luna y siempre tierno, acogedor y humilde.

Blanca, como una magnolia, la vieja casa de hacienda domina al manajo de parduscas chocitas que albergan la fatiga del trabajador junto al ca-

careo de sus gallinas y al ozar de sus cerdos, que constituyen el arca de ahorros del labriego que finca en ellos todas sus esperanzas. A veces, entre las chozas, uniéndolas, corren hilos de alambre que sostienen la albura de las ropas puestas a secar. Las mujeres ríen mientras las lavan y cuelgan; sus hijos, animalitos pequeños, retosan en la arena, jugueteando con algún pedazo de cuerno, de zapato viejo o algún gato.

La faena cesa a la tarde y, cuando el ocaso ha prendido su tibieza en el campo se mira cómo, desde las humbraladuras de sus casas, los labriegos descansan su sudor, parloteando entre ellos con sus voces roncas y entre carcajadas o manotazos, mientras entre sus dedos gruesos hace una cosquilla azul la espiral de humo de un tabaco.

Campo: la vida que tú brindas es hermosa, tranquila y dulce, porque el alma se satura de tu belleza, entierra sus inquietudes y absorbe, sibarita, tus delicias.

CAMARADA

He recibido la visita del último libro de Humberto Salvador G. "Camarada", viene a engrosar la lista ya numerosa de libros, productos del fecundo y positivo talento del escritor capitalino.

Conociendo la Obra literaria de Humberto Salvador G., se coincide en la justicia de todos los elogios que los más valiosos de los exponentes de

la intelectualidad de Europa y América, le prodigan.

Naturaleza verdaderamente literaria la de Humberto Salvador G. Mis recuerdos primeros de él se remontan al día en que lo conocí: materialmente oculta su cabeza entre las páginas de un libro abierto sobre uno de los pupitres de la Biblioteca del Instituto Nacional "Mejía". Nutrición perfecta de conocimientos, atesoramiento de sensibilidades a travez de las horas que fugan, con pies descalzos, por entre los resquicios de los anaqueles que sostienen los cuerpos de los libros en los vientres inmensos de las Bibliotecas de Quito.

Siempre, cuando han visto la luz sus libros, han llegado hasta mí trayéndome el recuerdo cariñoso del amigo. Hoy mi agradecimiento por todos y cada uno de ellos.

Humberto Salvador G. se inició como nuestro dramaturgo criollo. Sus primeras Obras: "Canción de Rocsas", "Bambalinas", etc. guardan la serie de sus Comedias y Dramas, todos elogiados por la Crítica tanto Nacional como Extranjera.— Luego sufre una transformación inmensa: sabe maravillosamente encuadrar su literatura en la nueva orientación de las letras: es así como en su libro "En la Ciudad he perdido una novela" se encuentra clara, expresamente definida, "la no persecución del autor a sus personajes: los olvida, los deja. Novísima tendencia de la Novela que, como Género Literario, ha sufrido honda transformación". "La novela clásica, perfecta arquitectura, encadenamientos de capítulos y de acontecimien-

tos que resaltan la presencia del protagonista, manteniendo la unidad ante y sobre todo, difiere de la novela moderna, composición de fragmentos de vidas, personajes que aparecen y se esfuman: existencias que no llegan a terminar un relato, que no se abrumen en las pasiones de amor o de odio, sino que las explican".—Coherencia de fragmentos regidos por la sola unidad del novelista. En síntesis: la novela moderna se encarna en la novela de Humberto Salvador.

Freud y Marx, explotan en su espíritu y, lógicamente, viene el florecimiento de nuevas concepciones: "Taza de Té", "Camarada".

"Camarada", es un libro, que a momentos es crudo, de un realismo que asustará la timidez de los espíritus alicaídos, que se abaten sujetos a la cadena de su retrospectivismo decadente.—Las descripciones deben ser así; puras, tal como nuestra retina las percibe. La gran maestría de Humberto Salvador G. pinta instantáneas de nuestra laceria social e íntima y de esa decrepitud de espíritus: "Tú no puedes querer. Nosotros no podemos pensar".

He saboreado deleitosamente las páginas de "Camarada" y, de regreso de este viaje, interesante e inmensamente grato, insensiblemente se extienden mis manos a encontrar las de Humberto Salvador, efusivas y felicitantes.

OASIS

Océanos de arena; montículos ondulantes, como olas encrespadas, que el viento las peina a lo largo de los días bajo el rojo espectáculo del sol. Canícula que perla de sudor la pelambre ámbar de los hijos de Nubia, que con los nudosos sancos de sus piernas miden la extensión inmensa del desierto. Bamboleo de sillas sobre sus jibas; guturales imprecaciones salidas de la profundidad alargada de sus cuellos extendidos; anhelo, hecho espuma, colgante de los belfos. Sed de yermo, fatiga de sol, mar de arena.

Palmeras del Oasis, juncales bayaderas del desierto, se agrupan al amparo de una fuente rumorosa que ríe en sus gotas, que refrescan la fatiga del viajero, cristalinas y frescas. Palmeras que alargan sus manos de múltiples dedos y cobijan el ansia, poniendo un manchón de sombra móvil sobre la arena encendida como un metal. Oasis: grato descanso de las caravanas a la vera de la crueldad arenosa.

La caravana de la vida pasa... El "Oasis" con que nos brinda Ricardo Alvarez, en su nuevo libro de estudios literarios, cuentos, notas críticas, han venido gentilmente a descansar nuestra fatiga de

sol y nuestros tormentos de yermo en este aislamiento de lejanía en el que nos debatimos ansiosos de algo puro, de algo bueno, como este libro del hermano de arte que actualmente nos visita.

Ricardo Alvarez, el artista del poema emocionado, cincelador admirable del sentimiento que lo quintaesencia en un trozo de sus páginas y hace de su conjunto un poema vívido que engarza en el alma con todo el valor de su propio brillo.

Más tarde llega a nuestras manos "Espigas de la Noche", manojos de cuentos y estudios literarios, que dibujaban ya la fuerte contextura del autor, colocándolo entre los mejores prosistas literarios de nuestra Patria, sobre todo, al crítico, al que desmenuzando en su lectura el corazón, el alma de un libro, sabe encontrar el diamante del mérito aún cuando éste se oculte, como sucede muchas veces, por el diario devenir de la hora...

"Oasis" nos presenta un perfeccionamiento más notable en sus apreciaciones líricas: "La Poesía Nueva", "Literatura Amarga", "Poe y las Falsas Leyendas", "El Basic English, Esperanto o Latín Lengua Universal?" Y sus notas sobre la Literatura Moderna, son artículos de sabia encantadora que ameniza, con la fluidez de su estilo y el modismo nuevo de sus metáforas, la lectura que se asimila. Sus artículos líricos, pequeños poemas en prosa, nos recuerdan en su esencia, la maestría sentimental de Luis Aníbal Sánchez, que nos legó a los contemplativos de arte, la luminosa huella de su vida armoniosa. Ricardo Alvarez es su hermano menor que en su romería nos va dejando

F O N T A N A

pedazos de su intenso caudal lírico.

Al agradecer el envío y del libro al borrar estas líneas no nos ha movido sino la cordial acogida que en nuestra alma ha tenido y el anhelo de aliento difundido en un estrecho abrazo para el camarada que triunfa, para él, que, en el ritmo de su frase, sabe recordar el dolor trashumante que lucieron con orgullo, con una gardenia prendida al ojal, Poe, Verlain, Rimbaud, diabólicos pero de exquisitez intensa.

LATITUDES

Hasta el rincón canicular en donde habito ha llegado, como una mano extendida, la generosidad del amigo, plasmada en las páginas de su último libro, a apretar el corazón.

Todo el trashumantismo cosmopolita de su éxodo reciente se ha vertido en la diversidad de cuadros que, a "horcajadas sobre el lomo de la Geografía" recorreremos aprisionando el anhelo, empapándonos de la sutil voluptuosidad de viajar, absorbiendo, a grandes sorbos, el coctel-azul de las lejanías... Destrenzar con la quilla de nuestro bajel de ensueño la cabellera, rizada de espuma, de las ondas de mares distantes. Todo el fragor sudoroso de los puertos, la vocinglería mecánica de las grúas, la dulcedumbre del Océano que besa

la boca de hierro de los muelles, paisajes de extraños exotismos, todo nos sale al paso, al recorrer la lectura amena y metafórica de "Latitudes".—Hombres, Viajes, Lecturas,—constituyen las partes que integran este libro bellísimo, en prosa, de nuestro gran Poeta Jorge Carrera Andrade.

Al finalizar el año de 1927, el poeta amarra sus bártulos, se hace acompañar de sus libros mejores y, parte. Sobre la azul pupila del Mar y bajo la sonrisa, hecha dulzura, del cielo de la patria, que lo mira partir.

El Viejo Continente aceptará el corazón hecho música de nuestro poeta.

La realidad le sale al paso: entonces, el poeta sacude su exquisitez de ensueño y es su labor multifásica: crónicas para los Diarios, conferencias, recitaciones, etc., demandan todo su tiempo y todo su esfuerzo para poder cumplir con la función fisiológica que es un imperativo de nuestro caparazón de arcilla.—Panamá, Francia, Alemania y España lo reciben. El poeta canta, vaciando su alma, sobre la inmensidad armoniosa de las estrellas. Jardinero sublime de la poesía, hace florecer, en una primavera de emociones, el perfume hecho alma de sus poemas.

"El Estanque Inefable", su libro primigenio de versos, luego, "La Guirnalda del Silencio" nos ofrecieron una mano de belleza. En su lectura hemos creído vernos retratados sobre el cristal purísimo del espíritu de Fransis Jammes. Carrera Andrade, como él, cantó la poesía oculta de las vidas humildes.

F O N T A N A

Una pequeña Antología de Poetas y Prosistas Ecuatorianos, nos ofrece otra de las faces del espíritu de Carrera Andrade. Desfilan por sus páginas, primorosamente escritas, las personalidades de los Parnasianos, Los Novecentistas, Los Epígonos, y las Nuevas Tendencias: los modernistas que supieron desatar sus espíritus de las viejas normas y dejaron volar su inspiración sobre la decrepitud del decadentismo. Agrúpanse según la afinidad de sus poesías y constituyen las escuelas Realistas, Super-realistas, Dadaístas, Cubistas, y sobretudo la Nativista.—El Nativismo, en la actualidad, va tomando cuerpo y es la tendencia moderna preferida. Hacer literatura nuestra, autóctona, sin afeites literarios que nos europeisen. Tenemos tanta belleza inédita en nuestra historia, en nuestra naturaleza.

Desde Europa, Carrera Andrade, no cesa en su afán lírico, traduciendo a Boris Levenef "Séptimo Camarada", dos ediciones, y el Hotel del Norte, 1933. "Boletines de Mar y Tierra" colección de versos modernos prologados por la Mistral.

Bien pronto, en el diario devenir, destila la fugacidad de las horas que se ahondan en el pozo sin fondo del tiempo. Ha pasado algo más de un lustro y Jorge siente la nostalgia de su terrunio, de los afectos familiares, del cariño de sus compañeros de bohemia y de letras, y, en un buen día, vuelve a recorrer sobre el lomo del Océano la ruta del retorno.

Su corpachón de indo-americano se recorta

HUGO LARREA ANDRADE

en el Golfo de Guayaquil y, al volar su sombrero en un mensaje de saludo a su Patria, el golgo de su frente recibe el beso del Sol ecuatorial.

“Cartas de un emigrado” es la ofrenda que nos hace a poco de su estadía en su ciudad natal, S. Francisco de Quito.—Y, ahora, “Latitudes”.

Muy pronto debe partir hacia El Havre, como Cónsul del Ecuador en ese Puerto de Francia. Es de desear que la agitada vida del Diplomático no silencie la labor del artista de la frase. Y que, al contrario, más a menudo, se desborde el caudal lírico de que es dueño y que, como un diablillo interior, juguetea en su espíritu para felicidad nuestra y engrandecimiento futuro.

“Más alto que Montalvo, menos flaco y ce-trino, pero como él, ciudadano del Mundo”.

FIN

INDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo.....	
La Conquista.....	7
El Revolucionario.....	12
La Puerta del Páramo.....	20
El Juguete Frívolo.....	23
 DRAMAS	
El Cansancio de la Vida.....	41
Dignidad y Pobreza.....	85
 Artículos Literarios y Biográficos:	
Barrio.....	127
El Minuto Inefable.....	129
Campo.....	131
Camarada.....	133
Oasis.....	136
Latitudes.....	138



Este libro es propiedad de la Biblioteca

Nacional de la Casa de la Cultura

SU VENTA ES PENADA POR LA LEY

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Publicadas:

"El Alma en Extasis" (*poemas*) año de 1927.

En preparación:

"Historia de la Literatura Moderna Española y Ecuatoriana".

"El Surtidor Romántico" (*poemas.*)

Se acabó de imprimir este libro
en la Ciudad de San Francisco de Quito,
a dieciséis días del mes de Febrero de
1935.

Editorial Labor.-Juan E. Ortiz V.-Cuenca 35, frente a la Merced.-Teléfono 17-50
Quito.

